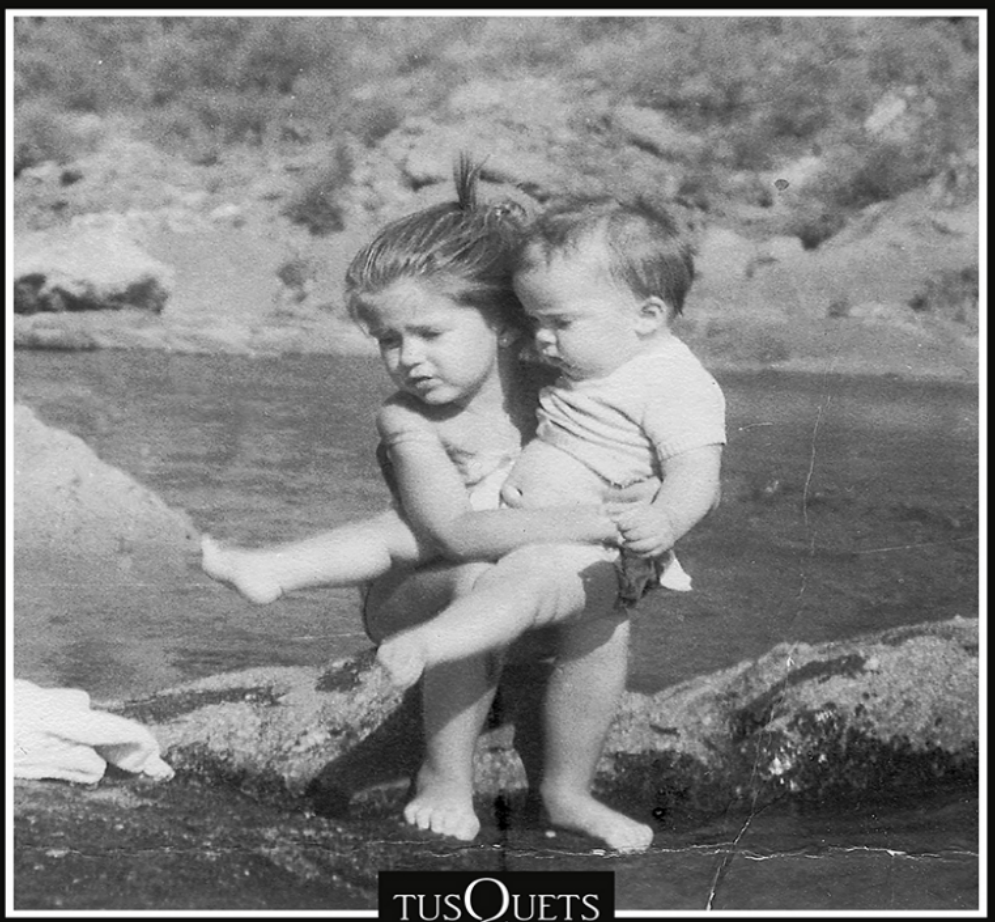
Santiago Loza

LA PRIMERA CASA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

La primera casa

La primera casa

Santiago Loza

Índice de contenido

Portadilla

Legales

1. El sueño

2. La trinchera

3. La reina del pasado

4. La cultura del trabajo

5. La vida anterior

6. La cosa

7. Los quietos

8. El sótano

9. Los bulbos capilares

10. Delitos insignificantes

11. Completos desconocidos

12. La guerra fría

13. Las vacaciones

14. Cara Marcada

15. La Estatua de la Libertad

16. Fuga en el planeta de los otros

17. El después

18. El agua

Agradecimientos

Loza, Santiago
La primera casa / Santiago Loza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-594-3
1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

© 2019, Santiago Loza

Foto de Santiago Loza: ©Nora Lezano

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-594-3

1. El sueño

Gonzalo caminaba por un bosque. Había árboles de distintos tipos y formas: de todas partes del mundo y de algunas especies no existentes. Con cada pisada, se producían pequeñas quebraduras de hojas secas, ramas diminutas, caparazones de insectos. Caminar tenía un peso irreal.

Gonzalo no estaba solo. Llevaba de la mano a otros. Eran muertos. Como si fueran niños, les pedía que no le suelten la mano. Los muertos se veían algo desvalidos y eran casi transparentes. Gonzalo tenía peso y por eso podía llevarlos como globos, de paseo. Esa tarea lo ponía contento.

La imagen tenía la nitidez que solo poseen los sueños.

Ellos estaban agradecidos con él. En su idioma insonoro le decían que, cuando estuviera despierto, ellos lo protegerían. Eran amables y sus manos tenían la suavidad de la seda.

Gonzalo trató de retener el sosiego del sueño, pero de inmediato lo perdió: su hermana estaba gritando. Se levantó de un salto de la cama y corrió hasta la sala. La tía Delia llevaba a Diana abrazada, envuelta en una manta, la conducía hacia el baño. Diana caminaba con dificultad, como una zombi. No levantó la vista cuando él preguntó qué pasaba; Delia le clavó la mirada y le ordenó que volviera al cuarto, que no se metiera en cosas de mujeres, que las dejara solas y se quedara encerrado hasta que lo llamen, que todavía no era hora del desayuno y que tampoco estaba en edad de andar en calzoncillos por la casa.

Gonzalo volvió a la cama. Se tapó y trató de recuperar lo soñado, pero fue imposible, el sueño se había esfumado de su mente. Se quedó quieto. Recién comenzaba el otoño y hacía un poco de frío. Pensó en tocarse, pero el grito de su hermana lo había perturbado y por más que se tocaba no le pasaba gran cosa. Estaba preso de un estado parecido al susto. Como si arriba de su cuerpo hubiera caído un peso de forma gelatinosa y fría, y esa cosa envolviera su espíritu.

Pensó: no voy a poder con este día. ¿Por qué grita Diana? ¿Cuál es el secreto doloroso que guardan las mujeres? Y habrían seguido las preguntas internas de no ser porque Delia entró y abrió la persiana, y la luz penetró de golpe en el cuarto, molesta y blanca, excesiva. Y la tía insistió con el tema del slip. Que ya era un hombrecito y que no era bueno mostrar los atributos delante de dos mujeres como ellas. No tenían por qué ver en ayunas las protuberancias masculinas.

Gonzalo se puso un pantalón de pana un poco avejentado. Fue a la cocina, se sentó a la mesa y tocó el mantel de hule. Fue el primer contacto del día que su cuerpo tuvo con otra cosa que no fuera él. Hasta ese momento, solo había estado dentro de sí; estaban las telas de las sábanas y de la ropa, pero eran como una segunda piel, un intermedio.

El frío del hule al tacto le recordaba que todo lo que lo rodeaba era de una materialidad seca. Miró las flores despintadas del mantel, algunas marcas oscuras producidas por el calor de tazas u ollas que se apoyaron al descuido. No recordaba la mesa sin ese mantel desgastado. El mismo concepto «mesa» le resultaba indivisible de esa mesa matutina, desnuda y marcada por los años, con ese mantel que alguna vez pudo tener colores alegres. Ahora era una verdadera pena opaca. La palabra «mesa» era eso que tocaba y le recordaba su relación con las cosas. El hule le avisaba que debía convivir con lo no animado, con la rigidez del mundo material, y que la fricción entre su ser y las cosas sería trabajosa, pesada. Y además estaba el ruido de la radio.

Su tía prendía la radio a primera hora y eso empeoraba la situación. Hacía el presente más áspero. Delia proclamaba ser una persona informada. De mañana, escuchaba el noticiero y hacía comentarios en voz baja. Mascullaba las noticias, rumiaba, como si fuera masticando lo que, durante el día, sería su opinión. Gonzalo detestaba ese sonido metálico, y también a la tía en deshabillé, con sus pantuflas de lamé raídas, el pelo recogido y los labios sin pintar. Y la luz pálida que se filtraba por las mañanas en la cocina.

Delia le sirvió un café con leche y le dijo que su hermana no iría al colegio. Que se apurara para ir a tomar el colectivo solo.

Gonzalo hizo caso. En general, prefería acatar lo que Delia le imponía. Le producían una suerte de desidia las órdenes de su tía. Muchas veces creía no estar de acuerdo, pero oponerse requería una energía que no encontraba. Tenía dieciséis años y estaba por estallar en mil pedazos, pero todavía no había llegado el momento de la rebelión.

Tomó el desayuno de manera rápida, se puso el uniforme, se peinó, agarró su mochila y luego se dirigió a la puerta de calle, obediente, a tomar un colectivo que lo llevaría a la escuela: el campo de batalla.

2. La trinchera

En la escuela apenas se puede caminar sin sentir el cuerpo destemplado, tembloroso. Los pasillos tienen ventanales enormes, por los que entra una luz desmedida. Durante los meses de primavera, hace un calor sofocante, y un frío traicionero, una brisa helada, durante los otoños y los inviernos.

Froto las manos, los dedos se ponen rojos; las manos delgadas y muy blancas, al refregarlas, recuperan el color de la sangre. La punta de los dedos está más fría. También los pies, dentro de los mocasines, se congelan.

La tía, cuando se vienen las heladas, pone papeles de diario en el interior de mis zapatos y eso aísla un poco. Pero con el paso de las horas, el papel se humedece y da un frío mojado, insoportable. Prefiero aguantarme el frío neutro de los mocasines y no ese alivio temporal. Yo prefiero aguantar.

Falta un año y medio para terminar el colegio, si tolero este tiempo voy a estar libre. Si tomo aire llego a la meta, si resisto. Me doy fuerzas, ánimo. En poco tiempo no voy a usar mocasines por el resto de mi vida. Ni me voy a poner un corbatín azul ni un saco de uniforme. No más estar esquivando los posibles impactos. No voy a entrar a un lugar cada día con la incertidumbre de una vaca rumbo al matadero.

Sin escape, camino por los pasillos de la escuela mientras me burlan y se ríen, o al darme vuelta me tocan el culo. Estoy seguro de que, pasado este tiempo, voy a sentir un alivio desconocido. Una calma semejante a la que había antes de que comenzaran los insultos, cuando nadie reparaba en mí.

No puedo precisar cuándo arrancó la guerra, pero sí cómo: desde un rincón del aula, uno me dijo «marica» y otro lo repitió porque le resultó de lo más gracioso. Y después no pudieron parar. Las agresiones son contagiosas y el insulto se multiplica y crece conmigo.

¿Cómo saben lo que todavía yo no sé? ¿Qué me define? Soy introvertido, bajo la vista cuando me miran, tiemblo un poco cuando tengo que responder, dudo bastante antes de tomar cualquier decisión. ¿Eso me hace marica? Tengo una voz aflautada, mutante, pero no es mucho más aguda que la de cualquiera que crece.

De chico jugaba con las muñecas que mi hermana desechaba. La tía le regaló las primeras Barbies que salieron, pero Diana no les prestaba nada de atención, entonces yo las adoptaba, les ponía un nombre, las

cuidaba. Estaba la Barbie ejecutiva, con su diminuto trajecito de Chanel; la negra, con sus motitas y un top plateado; la patinadora, que era mi favorita, y la maestra, que no me gustaba (por más buena y delicada que parecía, seguía siendo maestra, y todas las maestras que tuve se habían hecho las sordas cuando los chicos me molestaban).

La patinadora tenía el pelo alborotado, unos shorcitos azules ajustados y la mirada clara clavada a lo lejos. Yo patinaba con ella, con los patines que mi hermana había abandonado. Adoraba patinar, desplazarme en el espacio con poco esfuerzo. Y la Barbie patinadora me acompañaba bien.

Después nos quitábamos los patines y salíamos de compras por una ciudad imaginaria enorme y luminosa. Pero cuando escuchaba los pasos de mi tía, guardaba rápido todas las Barbies. Eran mi secreto, mis amigas, mis hijas, mis primas admiradas; las ponía juntas, en fila, y les hablaba, nos divertíamos a lo loco. Teníamos una vida de lo más entretenida.

Yo era también una muñeca mientras duraba el juego, era como ellas, una lánguida Barbie. Compartía su felicidad plástica. Las peinaba y les arreglaba la ropa, y las volvía a dejar en el mismo cajón donde las tenía confinadas mi hermana.

¿Ese pasado infantil de muñecas me delata? ¿Me convierte en maricón? ¿Cómo pueden adivinarlo? El recuerdo del juego me produce remordimientos. Tal vez no es ese simple juego secreto lo que me avergüenza, sino la obscena soledad que me persigue siempre.

Un olor nauseabundo que se siente a lo lejos; mi soledad aleja o produce rechazo, extrañeza o deseo de agresión. Una especie de lepra; ese aspecto inconfundible del solitario, el temblor al hablar, la mirada baja, la espalda encorvada, las uñas mordidas.

La soledad crece junto a mi cuerpo, lo traga, lo reduce, lo vuelve pequeño a la vista, insignificante. Se va formando un hombrecito temeroso, un ser incompleto, un cobarde.

Pero bajo esa apariencia cobarde siempre arde un fuego desmesurado.

Mientras los otros me humillan, una parte recóndita los mira con desprecio. Son bestias, animales, brutos, toscos. Poco y nada saben del fuego que habita en mi parte cavernosa. Nada saben de mí.

Salvo Damián, él me descubrió. Era uno más del resto, pero despacio se apartó de la manada. Pude notar con asombro cuando se fue acercando.

Un día estaba sentado a mi lado y después de escuchar un chiste grosero que me hacían, dijo, no les hagas caso. En verdad, lo dijo apenas audible, lo murmuró. Y ahí, dentro de mi angustia, tuve un leve sosiego. Damián me rescató. Comenzó a hacerme compañía en los

recreos, a escucharme.

Antes de Damián, no sabía que yo podía tener algo interesante para decir. Mi hermana escucha muy atenta cuando le cuento películas, pero nunca le hablo de mí. Con Damián, supe que tenía un «mí» para decir. Le puedo expresar mi parecer, lo que veo y siento, él escucha y además lo hago reír.

Antes, solo Diana se reía conmigo. Pero es distinto hacer reír a un ser triste como Diana que a Damián. Provocar la risa en mi hermana es un acto de caridad. En cambio, hacer reír a Damián me halaga. Él no tiene necesidad de risa, podría reírse con los otros, con los chistes groseros, pero prefiere reírse de lo que yo le cuento. Con Damián descubro que tengo un agudo poder de observación.

La soledad me vuelve retraído y ese desplazamiento hacia un fondo me convierte en espía: durante las horas de clase puedo detectar detalles que a los brutos se les escapan. Hablando con Damián, dejamos en evidencia la torpeza del resto y nuestra superioridad. Estamos apartados, pero somos más que ellos. Tenemos un poder dual que los otros ignoran.

Con él también hablo de películas. Me gusta contar las tramas. Lo hago con Diana, que no tiene paciencia para verlas. Mi hermana prefiere que se las cuente, dice que las disfruta más en mi relato. Que si las mira, se distrae y no puede encontrar el punto de interés. Con mis relatos se concentra y ahorra tiempo.

Damián es especial, se desprendió del resto para rescatarme de la total soledad. Con él descubrí que se puede confiar.

Damián y Diana, los dos nombres con D.

Esas presencias son necesarias para subsistir. No podría sin ellos. Hubiese sucumbido mucho antes. Ellos están ahí para sostenerme. Me dan un presente, una entidad. Con ellos puedo ser y eso no los asusta. Y al escucharme, me recuerdan que soy parte del mundo, que tengo la posibilidad, el derecho, de ser parte de lo vivo.

A Damián le hablé de mis padres, de la muerte, de Diana, de nuestra orfandad. De la tía que nos cuida. De mis ganas de irme de esta ciudad. De irme lejos, para siempre. Incluso parece entusiasmarse con el plan y yo espero que, de tanto hablar de la huida, él se sume. Que nos vayamos juntos, escapar como un dúo inseparable, hacer un viaje largo, corriendo peligros y aventuras: de a dos, el temor se amortigua. Quiero tener con él un viaje de película, con risas en la madrugada, en la ruta, libres.

Faltan menos de dos años para que termine el infierno escolar.

Mi cuerpo está poseído por fuerzas desconocidas.

En el banco de al lado, durante las clases, Damián es el custodio de mi devenir.

Lo miro de reojo, la luz entra por la gran ventana de la mañana y le

atraviesa el pelo claro y finito, generando un aura. Un extraño resplandor que lo hace más extraordinario todavía.

3. La reina del pasado

—Coronan a Peggy Sue reina de la fiesta de reencuentro de graduados. Cumplió cuarenta, tiene dos hijos que apenas reparan en ella, y está por separarse del marido, que interpreta Nicolas Cage, que tampoco le presta demasiada atención y está en pleno romance con una mujer más joven. Si uno se fija bien, es probable que Nicolas Cage sea más joven que Kathleen Turner, que hace de Peggy. Como sea, ese día, en esa fiesta donde a los que fueron compañeros les cuesta reconocerse porque perdieron el pelo, ganaron kilos, pasaron penurias, los rostros se arrugaron, bastante bien parada sale Peggy/Kathleen, con su cabellera rubia y su carita preciosa. Y no es una sorpresa que la coronen, como que no hay más chance, el resto de las mujeres están en ruinas, son piltrafas mal maquilladas.

Gonzalo sabía cómo reforzar el relato cuando se debilitaba la atención de su hermana. Se mantenía alerta al repaso de las películas que le contaba y a los movimientos mínimos de Diana. Si ella bajaba la vista o en su mirada se cruzaba una sombra, o si bostezaba o se acomodaba un mechón de pelo. Gonzalo oscilaba entre la película que había visto y la que le regalaba, no siempre coincidían. Cuando contaba las tramas volvía a sentirlas. Porque las películas le pasaban en el cuerpo. Él iba al cine los fines de semana, a la siesta. Iba siempre solo, pero cuando la luz se apagaba, se sentía en compañía. Era una sala venida abajo, al lado de un club, tenía olor a humedad y a pis de gato. Había dos telones que ya no se usaban, imitaban el terciopelo, estaban raídos. En la oscuridad, el espacio y él desaparecían, solo era el cine. A oscuras, con la película corriendo, las tristezas no existían y el tiempo hacía una pausa.

—Y en esa ceremonia, con su corona de cartón dorado y un cetro con incrustaciones de piedritas de plástico de colores y lluvia de brillantina; en medio de semejante resplandor y aplausos y emociones plateadas y luces, la rubia Peggy sufre un desmayo, ataque, lo que sea, que la arranca del presente festivo. Cae, pero no al suelo, sino a su pasado. A cuando era muy joven y no había terminado la secundaria y estaba en pleno noviazgo con Nicolas Cage y no tenía hijos y sus abuelos estaban vivos y usaba pollerita tableada y sonreía mucho con dientes blanquísimos y era la más querida, la más linda de las lindas, la que tendría un futuro brillante y un triunfo tras otro y todo sería dicha y placer. Ella vuelve a la juventud, pero con la conciencia de adulta: sabe del desamor, de la vida aburrida que tendrá, de las malas

elecciones que hizo. Y en ese pasado podrá recomponer su destino.

Gonzalo observó que Diana se abstraía y puso más ímpetu al relato, gesticuló con más fuerza. La mirada de su hermana se ahuecaba. Solía pasar, como si de a ratos ella tuviera desvanecimientos internos; su cuerpo se mantenía firme pero por dentro se abandonaba. Estaba sin estar, y Gonzalo notaba esa falta e intentaba regresarla al presente. Diana tenía tendencia a la desintegración. A irse sola a un país remoto, interno, desconocido para Gonzalo. Un país de silencio y sombras.

—Peggy Sue está urgida por enderezar la cosa. Mira todo a su alrededor sin inocencia. Conoce las consecuencias de sus actos. Trata de modificar la relación que tiene con su futuro esposo, se arrepiente de que haya sido su único hombre. Hay otro chico penumbroso, que se viste de colores oscuros y escribe poesía y fuma marihuana, que seduce a Peggy, y ella va con él una noche, solo para probar que la vida pudo ser diferente con otro tipo.

—¿Ella está sola con todo eso de volver al pasado? —preguntó Diana, como si la mención de la noche o la poesía la despertaran de su pesado letargo.

—No, tiene un amigo, confidente. Las chicas lindas siempre tienen un amigo confidente, alguien que las entiende —le respondió Gonzalo, fastidiado de que lo interrumpiera.

—Es bueno tener esos amigos; me refiero a que el amigo no gusta de ella, no la quiere seducir, ¿no?

—No. El amigo tiene lentes y es antisocial. Peggy, que sí es popular, tiene una especie de bondad al dejarse acompañar por ese amigo introvertido.

—Eso quería decir, es bueno para una mujer tener un amigo inofensivo.

—No sé si es inofensivo, es confidente. Conocer el secreto de otro a veces puede ser peligroso.

—A mí me gustaría tener un amigo así alguna vez. Un amigo que no me dé sobresaltos.

—Me tenés a mí.

—Sos mi hermano.

—También tu amigo.

—Gracias.

Diana cerró los ojos. Suavemente unió los párpados y respiró despacio por la boca entreabierta. Ese silbido leve y quejoso se dejó escuchar en la cocina como un sonido inconsciente del lugar. Mezclado con el silencio, se podía confundir con los crujidos de las ramas minúsculas o con los movimientos de los insectos en las plantas del patio. Esa respiración raspada se filtraba entre las frases del relato como un ahogo.

Gonzalo miró a su hermana, pensó que si hubiera nacido en los Estados Unidos, ella podría ser una chica popular, como Peggy Sue. También pensó que Diana podría camuflarse, teñirse de rubia y mostrarse extrovertida, usar polleras tableadas, hacer un esfuerzo para estar más arreglada. La vida de provincia la ponía descuidada, no tener para quién ni por qué andar linda. Diana se desentendía de su aspecto. A Gonzalo le hubiera gustado verla radiante y platinada. Le hubiese gustado que, por arte de magia, la coquetería despertara en Diana y surgieran brillos y colores vivos. Que lo primoroso interrumpiera en su aspecto amarronado, de tonos bajos y apagados. Pero le daba pudor decirle. Temor de ofenderla, de poner en evidencia la incomodidad que le daba ver su vestimenta rústica y gastada. Diana no parecía desear otra ropa. Para ella, la ropa eran solo telas que la cubrían, poco importaba si eran trapos gastados o géneros suntuosos, daba lo mismo, al final, decía, todo se deteriora, se desgasta, se pone áspero y se destruye.

—La noche en la que tiene su amorío con el lúgubre poeta, cuando va terminando la película, con la resaca de la fiesta, el dolor de cabeza, al amanecer, con la luz que avanza impiadosa, Peggy Sue descubre que no quiere una vida intensa, no le interesa probar una vida distinta, y que desea a su novio de siempre, Nicolas Cage, y casarse y tener sus hijos, aun con toda la desilusión que conlleve. Prefiere su vida calma a un destino incierto. Elige ser ella, la misma, igual, pero sabiendo lo que le espera. Y ese deseo de lo mismo la trae al presente. Junto a los suyos, que la rodean en una cama de hospital, asustados por el desmayo. Peggy Sue les sonríe con cariños renovados, porque ha vuelto a elegirlos, aunque ninguno de ellos lo sabe. Ella está con su familia, en su presente, dispuesta a vivir su vida de la mejor manera posible...

Diana se secó las lágrimas que le caían por las mejillas. Gonzalo hizo un silencio importante luego del final. También estaba emocionado, pero ya había llorado al ver la película y las lágrimas no volvían al recordarla. Al narrar ordenaba sus sentimientos, lo que había vivido en el cine, ese torrente de imágenes, ese arrebato que lo postergaba durante un par de horas, esas emociones convulsionadas, iban encontrando un lugar concreto. El relato le permitía reconstruir lo visto sin exaltación. Y cuanta más distancia ponía en el relato, más conmoción despertaba en la escucha de su hermana.

—Ella vuelve, es un final feliz, pero no del todo. Vuelve pero sabiendo que la vida pudo ser otra cosa. —Diana parece algo decepcionada.

—Vuelve a los suyos. Es un final intermedio, ni feliz ni triste. O las dos cosas juntas.

—Pero al volver no podrá recordar ese pasado —insiste Diana.

—Seguramente lo irá olvidando para vivir. Su presente ahora es distinto, porque pudo elegir su vida, la que vive todos los días. No será una gran vida pero es la suya. La propia vida.

—Convengamos en que la vida no es gran cosa por lo general —dice Diana para ir terminando con el tema.

—Cuando veas la película te va a gustar más.

—Prefiero que me cuentes las películas, Gonzalo, el cine me pone incómoda.

—Me pasa lo contrario, es el único lugar en donde estoy tranquilo.

—La oscuridad, la respiración de los otros, los ruidos, todo eso me pone ansiosa. Y las películas son demasiado largas.

De repente, la fascinación con que Diana lo escuchaba desapareció. Toda la atención que ponía cuando él contaba una película de pronto se iba y ella seguía con las tareas, se ponía a cocinar o limpiaba y regresaba a su silencio. En un segundo se desmoronaba, y Gonzalo intentaba recuperar esa atención pero ya era tarde.

—No te pongas triste por Peggy Sue. Parecía tranquila al final de la película.

Diana no respondió. No hubo réplicas. Gonzalo la miró, notó que tenía la espalda un poco encorvada. Ella era joven, pero su cuerpo soportaba una carga misteriosa, le pesaba la vida. No se quejaba, pero era notorio que se le volvía rutinaria y fatigosa. Hubiera querido darle alegría o algo de entusiasmo, pero cuando terminaba de contar las películas, también él quedaba desinflado, como si hubiera dado todo en el relato y, como un adicto, solo deseaba que llegara el domingo para ir al cine y recuperar el asombro.

4. La cultura del trabajo

Soy de las personas que dejan que las cosas caigan por su propio peso. Me refiero a que no suelo poner resistencia en la caída. Dejo caer. Tengo un desgano descomunal, proporcional a la fuerza del crecimiento que actúa en mí. Crecer me agota, me vuelve perezoso y tosco.

Tenemos una vida reducida, sin brillo. Las mismas calles de esta ciudad chica del interior transitadas hasta el hartazgo, la presencia de mi tía y las vecinas chismorreando, el ruido de la radio en la mañana, el viento seco, el paso igual de las estaciones todos los años, sin sorpresa, sin cambio. Me siento apretado en un devenir que me ahoga.

Vivimos a cuatro cuadras del mercadito, cinco minutos caminando rápido a pie. El lugar está desde mi primer recuerdo. Un galpón de chapa, mal iluminado. Don Julián, el dueño, tiene a su mujer postrada. Mi tía siempre la visita a Esther, le lleva comida, le remienda la ropa. En otro tiempo fueron amigas, compañeras de misa. Intercambiaban recetas de cocina e información privada de las vecinas de la zona. Habían sido muy unidas antes del accidente. Ahora la unión es solo por parte de la tía, porque Esther no demuestra ni gratitud ni alegría, apenas emite un débil e indescifrable quejido. Un sonido chirriante como el de una puerta en mal estado. Desde su adentro desvencijado, viene como un reflejo ese sonido involuntario y molesto.

Esther se quedó paralítica por una pavada. Fue en el mercadito, cuando hacía la pirámide de latas de duraznos al natural, una especialidad decorativa que ella tenía. Cuando estaba colocando la última lata, con toda su humanidad sostenida por una escalerita de madera temblorosa, cuando llegaba a la punta, allí, en el clímax de la tarea, Esther se resbaló. Algo la distrajo, se le cruzó un pensamiento, parpadeó, el segundo fatal sucedió, trastabilló y cayó arrastrando en ese movimiento el conjunto de latas.

Más tarde, al darle de comer, descubrieron el rechazo total y endiablado que le producían los duraznos en almíbar; antes había sido su postre favorito, con crema o con una cucharada de dulce de leche, pero desde el accidente, si le ofrecen duraznos, Esther se sacude con la poca fuerza que tiene, como si estuviera poseída por todos los demonios del infierno.

La tía hizo esa deducción, la relación entre el porrazo y los duraznos en almíbar. Es buena en eso, en deducir. Es bruta pero intuitiva. Por eso me da temor, es como si supiera más allá de su

ignorancia. Es una manera de conocimiento que yo desprecio, un sentido del instinto como el de los gatos u otros animales de rincones que huelen y así perciben, sin ver, a tientas.

Mi tía olió mis ganas de irme; la inquietud que tengo es un perfume demasiado rancio y ella lo captó. Descubrió dentro de mi profundo desgano esa espina que no me deja permanecer aletargado.

Solo se lo comenté a Damián casi al pasar, quiero trabajar para irme. Un trabajo cualquiera. Lo dije con desidia, como escupiendo al suelo, un trabajo cualquiera e irme. Damián sonrió y no dijo nada. Y a los días la tía inició la cantinela de la cultura del trabajo.

Le molesta verme acostado, y si tengo la puerta cerrada del cuarto la abre y yo me siento profanado en la intimidad. Y ella repite una y otra vez lo del trabajo, me compara con mi hermana, tan hacendosa y yo tan pero tan vago.

A veces su insistencia me provoca explosiones de bronca, reacciones de fastidio, y entonces le respondo de mala manera que yo también colaboro con las tareas domésticas, lavo los platos y ayudo con la limpieza. Pero mis argumentos la enfurecen más y grita que todos esos son trabajos menores, de mujeres, los hombres nacieron para tareas más rudas, trabajo de cargas, arreglos hogareños, transporte. Y para ser hombre real hay que tener entrenamiento. Según ella, yo tengo que adquirir disciplina. La bendita cultura del trabajo.

Hace unos días, ella habló con don Julián para que yo lo ayude en el mercadito, para que sea un empleado aprendiz. Que me haga desde abajo, dijo, como todos los hombres que alguna vez fueron algo en la vida. Si el mismo don Julián hizo un camino enorme hasta tener el negocio, comenzó vendiendo botellas y trastos que juntaba en la calle en un carrito. Desde ese comienzo pobrísimo hasta ser propietario del mercadito habían pasado años.

El ejemplo de don Julián me da entre poco y nada de estímulo, pero acepté a regañadientes la tarea. Me posibilita estar lejos de la casa durante más horas, pero no es el trabajo que había soñado. Me había imaginado en otras tierras, como marinero, viajante o aventurero, en destinos exóticos, juntando mucho dinero y enviando un poco a Diana, que se quedaría ahí, en el mismo lugar, siendo siempre la misma. Yo estaría lejos y salvado.

El lunes, pasado el mediodía, después de ir al colegio, me presento en el mercadito. Un empleado morocho, que tiene un escarbadientes entre los labios, me saluda moviendo la cabeza y me lleva hasta donde está don Julián, que anota números en unos cuadernos manchados, cerca de la caja. Me acerco para darle un beso, pero él retira la cara. En ese movimiento, puede sentir el aliento atabacado de don Julián,

también el olor a colonia un poco ácida que se pone en el cuello. Ese perfume intenta disimular el olor a cigarrillo impregnado en los bigotes y en la ropa, los rastros de humo permanente en los ojos, irritados, nublados, como si el tabaco lo estuviera consumiendo. Algo de eso percibo en ese movimiento falso del beso equivocado.

De chico era de dar besos indistintos a mujeres y hombres. Ahora me queda la costumbre de besar, incluso cuando veo que otros chicos en el colegio son reacios al beso masculino. Yo sigo besando a los hombres en la mejilla.

Don Julián pone el límite, literalmente, pone la mano, la extiende, veo la palma abierta y enorme, con todas sus cortaduras y callosidades, esa mano propone saludo y también distancia.

Cuando le doy la mano, en el apretón, siento que dejo de ser un chico; que al apretar mi mano indecisa, don Julián me introduce en el mundo laboral. Entro, en ese apretón, a pertenecer a la bendita «cultura del trabajo», me da una bienvenida seca, viril, un austero inicio que vaticina una experiencia deslucida.

Desde ese día, trabajo sin el menor entusiasmo. Como si una parte automática de mí hubiera comenzado a funcionar fuera de mi voluntad. Una parte concreta y desencantada.

Ahora sé que tengo fuerza física: levanto cajas, acomodo una estantería, paso un trapo al piso pringoso junto a las heladeras. Hago todo pese a mí. Mi cuerpo resuelve, se hace presente, se vuelve funcional. Pero no encuentro placer ni alivio en el fin de cada tarea, solo actúo. Sin alegría. Desde que comencé a ser útil, perdí la poca inocencia que conservaba. Me puse parco, neutro. Y al terminar la jornada, desando las cuadras que me regresan a casa con un cansancio diferente.

Duermo mal la primera noche después de trabajar en el mercadito, incómodo. Al día siguiente se vuelve a repetir la secuencia, colegio, mercado, camino de regreso. Y al otro día también. Se instauró la rutina, como un preso que cumple obediente su condena.

Cuando don Julián me paga la primera semana, voy al cine sin decirle a nadie y me compro un pulóver rojo para el invierno que se viene.

5. La vida anterior

Le resultaba difícil a Gonzalo recordar a Delia de joven. Las primeras imágenes que tenía del aspecto de su tía y las de ahora eran similares. Como si ella mantuviese una edad indefinida, siempre, durante toda su insípida vida.

Tal vez su presencia homogénea en la memoria de Gonzalo se debía a que siempre vio a su tía vestida de color azul oscuro, a lo sumo con algunos estampados diminutos, flores o lunares, que no variaban el tono. Y siempre con polleras y mangas largas, toda esa extensión de tela la cubría de manera permanente. Muy cada tanto se ponía rouge en los labios, un color rojo sangre que a través de las horas del día se filtraba por los surcos de las arrugas. Odiaba maquillarse y lo hacía con desgano.

Por andar cubierta de más, la piel no se le arrugaba demasiado. Tardó en mancharse y la vejez se hizo en ella un estado impreciso, una vejez sin señas, una vejez que comenzó incluso antes de ser vieja.

Para Gonzalo y Diana, Delia era una presencia quejosa y anciana. No tenían gratitud hacia ella, sino miedo y algo de fastidio. Eran frecuentes las conversaciones de los hermanos que concluían con la idea de que hubiese convenido criarse en un orfanato que soportar la educación rigurosa y extenuante de la tía soltera.

Y cuando llegaban una y otra vez a esa conclusión (el destino posible del asilo para huérfanos), a Gonzalo se le anudaba la garganta. No lo decía pero lo pensaba, lo malo era que los habrían separado y la vida sin Diana habría sido aún peor.

Pero mantenía en secreto ese pensamiento para preservar el orgullo de ese destino extremo de huérfanos totales, arrojados a un abandono absoluto. Se imaginaba durmiendo en habitaciones con camas en filas y rutinas de criaturas solitarias. En esa vida dura y fría de institución, Diana y Gonzalo se hacían fuertes, vigorosos, desarrollaban un alma dura de guerreros primitivos. Y al salir del internado, eran rebeldes, revolucionarios, con el coraje necesario para luchar contra lo adverso, destruyendo a todos los que osaran hacerles un mínimo daño.

Esa fuerza que se sublevaba en el destino paralelo era opuesta a esa timidez que habían incubado en la vida bajo la crianza de su tía. Un estar temeroso, asustadizo, que ambos desarrollaron desde niños.

Sus padres los habían dejado. No voluntariamente. Se habían muerto. Pero Gonzalo no aceptaba del todo que la desaparición fuese casual. Nunca preguntaba a Delia sobre ellos.

Su padre había muerto de una enfermedad rara, una gripe mal

curada, una internación que se complicó. Y la madre al poco tiempo murió de algo parecido. Eran muertes imprecisas.

Por eso, cuando Gonzalo le contó a Damián de su orfandad, prefirió decirle que los padres habían muerto en un accidente cuando viajaban a la Capital. Esa muerte tenía una cualidad concreta y no generaba más preguntas. Frente a Damián, le gustaba mostrarse como alguien que atesoraba viejos traumas. Una muerte de padres por una enfermedad rara no tenía el mismo impacto que un accidente. Y Damián podía admirar más al hijo trágico que al hijo aburrido de dos enfermos. Además, la enfermedad puede ser transmisible, la muerte de los progenitores podría preanunciar la debilidad y la muerte de Gonzalo, y no estaba dispuesto a que Damián conociera esa sombra.

Eran los primeros tiempos de la amistad, cuando las personas se cuentan las historias, era necesario ser claro y fascinante, cautivar a Damián. Una vez que por fin tenía un amigo, debía atraparlo con su relato biográfico de manera firme, como un pez que ha quedado fijo, clavado en el anzuelo. Era el tiempo de sellar la relación que lo uniría a Damián, su primer amigo, para siempre.

Hasta el encuentro con él, sus vínculos afectivos eran Diana y, en menor medida y con hartazgo, su tía Delia. Pero eran vínculos que le traían un pasado. Delia era la hermana de su padre y lo mencionaba a menudo, pero nada de lo que decía sobre su progenitor le resonaba a Gonzalo.

Él tenía solo un recuerdo borroso. El recuerdo precario del niño que apenas ha formado una primera memoria. Viajaba en la falda de su madre y podía ver las manos nudosas, enormes, de su padre sobre un volante oscuro de caucho. La firmeza de los dedos apretando, los callos, la presión. Solo las manos recordaba. El resto del cuerpo de su padre no. Las manos recortadas del resto de la humanidad.

Tampoco recordaba a la madre. Tenía memoria del calor del cuerpo de ella sosteniéndolo en el auto, como asiento de primera infancia; solo habían quedado el calor del abrigo del cuerpo y también la voz de Diana en el asiento trasero.

Diana era un poco más grande y recordaba más detalles de aquel viaje. Iban a la Capital, viajaban por la ruta rodeada de unos campos calmos, iguales, infinitos e invernales. Contaba Diana que los padres habían discutido esa mañana, solían discutir mucho. Ella era chica y no entendía el motivo de las riñas permanentes. Las peleas solían caer en pesados silencios, como ocurrió en aquel auto en el viaje de invierno. Diana miraba desde atrás a su hermano pequeño en la falda de su madre. Ella estaba triste y lo seguiría estando, porque siempre recordaba ese pasado de riñas y silencios.

Gonzalo tomó ese recorte del recuerdo del auto y lo convirtió en accidente rutero.

Allí morían sus padres y también él.

O una parte suya que lo podía haber llevado a ser otro, una posibilidad.

Moría la familia.

Con ese viaje intrascendente, Gonzalo fabricaba una tragediapara decirle a Damián, no tengo familia. Tengo una hermana y una tía, pero no es lo mismo. En todo caso sería una familia mocha, manca, una familia mutilada.

—¿Mis padres? Él era carnicero y mi madre ama de casa. Se casaron jóvenes, tuvieron dos hijos y dos locales a la calle. Cuando murieron, mi tía decidió adoptarnos. Según ella, abandonó las numerosas demandas de pretendientes para darnos una educación digna. Vendió las carnicerías y con ese dinero nos crio.

Gonzalo ensayaba con la mente las respuestas familiares. Padres, familia, palabras insistentes. Tenía una tía y una hermana; eso, para él, no constituía una familia; en todo caso era una casi familia, un intento, un engendro familiar que no se parecía en nada a las de sus compañeros de colegio.

—¿Mis padres? No los extraño. No los conocía. Son dos extraños. Nunca los vi. Si ahora mismo pasaran delante de nosotros, no los podría reconocer.

Tenía una especie de apatía por sus muertos. Esa distancia le daba culpa. No recordar con cariño lo empujaba al desconcierto. No tener memoria de hijo lo volvía un ser áspero, como un caminante agobiado en el desierto.

—¿Mis padres? No creo que hayan sido demasiado felices, al menos es lo que me contó Diana. ¿Pero quién es feliz del todo?

Damián escuchaba a Gonzalo en los recreos con compasión. Hasta entonces, nunca Gonzalo se había sentido escuchado, y ahora descubría un placer nuevo y adictivo. Descubría que tenía algunas cosas para decir; poco importaba la veracidad, solo era necesario que fueran cosas que hicieran abrir grandes los ojos de Damián, capturaran su atención y generaran en él una piedad semejante al amor.

6. La cosa

La titularon *El enigma de otro mundo*, pero en realidad se llama, de manera simple y contundente, *La cosa*. Es una película perturbadora donde «algo» va tomando diferentes cuerpos, adquiriendo sus formas, invadiendo, infectando, destruyendo. Un ente mutante y alienígena. Todo sucede en una base antártica. El primer infectado es un perro que llega corriendo entre la nieve. Kurt Russell es quien debe luchar contra «la cosa». Él tiene un gran parecido con el Cristo de la imagen de las estampitas. Un Cristo musculoso y corajudo, dispuesto a dar batalla al enemigo sideral.

Por fuera, yo no tengo nada particular que llame mucho la atención, soy un chico de provincia como cualquier otro, pero por dentro tengo «la cosa». Desde que fueron asomando los primeros pelos en áreas insospechadas, desde ese primer y gran estirón, hay algo en mí que no me deja en paz. Un enemigo que se manifiesta en movimientos secretos y pulsiones indomables. Algo sin nombre me tomó y no me suelta, me deja fulminado cada noche. El cuerpo muta, se hincha o adelgaza sin motivo. Mi piel se cubre de sarpullido, granos, pequeñísimas heridas en los labios. Tengo una piel que se resiste a estirarse: como un látex seco, al expandirse se agrieta.

Ese algo se me metió al final de la infancia. Como una infección, ingresó por algún orificio de mi cuerpo y fue tomando diversas formas. «La cosa» me vuelve irreconocible, me da un aspecto abatido, vicioso, desconcertante. Cuando paso frente a los espejos, apenas me puedo reconocer. Lo que se refleja es un cuerpo ajeno, un cuerpo extraño pero poseedor de algunos rasgos míos, lo que vuelve todavía más desconcertante y abismal la imagen.

Es un otro con restos de mí.

Hay días en los que me despierto con las piernas hinchadas, gordas, las caderas se ponen anchas, pero la parte de arriba sigue flaquita. Me levanto y me calzo los pantalones, que me quedan apretados, me dan un aspecto elefántico. Me muevo pesado con esa parte sur del cuerpo que se clava en cada paso. Tiene el efecto colateral de la fricción en los muslos y los pantalones, que se me gastan en esa zona de conflicto. La tía me los remienda con fastidio.

Tengo la entrepierna enrojecida, a veces se me hacen diminutas escamas que se desprenden de la piel. Me arde mucho, y al bañarme, al pasarme el jabón, tengo la sensación de refregarme un puñado de hojas de ortiga. Se me fueron las ganas de tocarme porque tengo toda el área sufriente.

Le comenté a Damián mi problema, con cierta vergüenza, le hablé de mi padecimiento en voz baja. Fue nuestra primera charla de hombres. Me animé a confesar esa intimidad. Él se rio un poco, me pidió ver y nos fuimos a un cubículo en el baño. Con muchísimo pudor me bajé los pantalones; él inspeccionó y me dijo que no era grave, que conocía la solución perfecta. Usar polvo de maíz, espolvorearme todas las mañanas antes de ponerme el calzoncillo. El polvo hace que todo ese roce sea más suave y también evita la transpiración. Me cubrí rápido y salimos al patio como si nada.

La receta tiene sus contraindicaciones. Al desplazarme por la casa, voy dejando rastros de polvo de maíz en las baldosas. Y con el sudor, en las horas que trabajo en el mercadito, ese talco vegetal me hace sentir pegajoso y acalorado. A la noche, después de cruzar todo el día, me encierro en el baño y saco con una toalla húmeda esa inmundicia de la tela.

La tía pregunta dónde está la caja de fécula de maíz y yo me hago el tonto, no sospecha que fue a parar a mis interiores.

Persisto en el tratamiento aunque no funciona. Damián me controla en el baño, durante los recreos. Para él, está mejor, pero la verdad es que yo no veo grandes cambios. Los muslos están en carne viva.

La tía termina por descubrir mi ritual matutino de maíz cuando abre distraída la puerta del baño y me encuentra en una posición indecorosa, tirando el contenido de la caja en mi entrepierna. Pone el grito en el cielo. Trato de explicarle mi ardor, la consecuencia de la hinchazón de mi anatomía. Y es para peor. Ella decreta que la única forma de modificar mi estado es evitar la ingesta compulsiva de comida. Ahora raciona el alimento en los almuerzos y las cenas, mezquinando la cantidad.

Diana tiene pena de que me quede con hambre y cada noche, a escondidas, me trae a mi habitación comida que logra guardar: partes de pollo, una milanesa fría, ensalada de papa y huevo, todo lo que logra esconder o rescatar antes de que lo tiren a la basura. Yo lo devoro sin prender la luz: como un roedor nocturno, mastico en el silencio de mi cuarto.

Cuando Delia repara en el hurto alimenticio de Diana, llama a don Julián para que coloque candados en la despensita y en la heladera. Don Julián incrusta unos tornillos y bisagras, y el acceso a la comida queda bloqueado. La tía tiene las llaves chicas con el resto de las suyas y apenas abre esas puertas para sacar lo necesario y las cierra de inmediato, cual carcelera rigurosa.

Pero, pese a la restricción alimenticia, yo no bajo de peso. Me mantengo gordo y famélico.

El día menos esperado, me levanto con el milagro de la delgadez.

Sin previo aviso, la hinchazón de la parte sur de mi cuerpo disminuye, desaparece el roce de los pantalones y camino con alivio y ligereza.

Cuando creo tener normalizado el cuerpo, «la cosa» se vuelve a despertar, toma el control del interior y se manifiesta en granos en la cara y la espalda. Y en un efecto perturbador, se me abultan los pechos: están creciendo desproporcionados y pienso si no tendré que usar corpiño.

Temo que mis compañeros noten mis tetitas. ¿Soy un hermafrodita? ¿Qué voy a hacer con esto que creció? ¿Traerá mi tía bebitos de la zona para que los alimente? ¿Harán las vecinas largas filas con sus crías lloronas para que yo las calme? ¿Me brotará una leche amarga y después me quedaré seco?

En el recreo, le muestro a Damián. Me abro la camisa en el baño, él palpa, se ríe y dice que no me preocupe, que tiene experiencia en tetas: había tocado las de su prima, eran más grandes y blanditas, las mías todavía están controladas.

Me abrocho los botones y siento el calor que dejó la mano de Damián en mi pecho. Bajo la vista y salimos afuera.

Crecer me debilita, tengo el pecho inflamado, pero los brazos se me ponen cada vez más flacos e inconsistentes. En el mercadito, se me caen los productos de las manos, no puedo sostener los frascos de aceite y hago desastres. Cuando tengo que llevar cajas al depósito, apenas puedo sostenerlas, levanto ese peso con enorme dificultad y al concluir la tarea me desplomo. «La cosa», que me tomó el cuerpo, desacomoda mi centro gravitacional. Me vuelve más y más torpe.

Y a la noche se sacude en sueños, hace tensar los músculos, hervir la sangre, transpirar, produce fluidos incontrolables, mucha saliva, poluciones tardías y calambres. Me levanto mojado y abatido.

Tengo un cuerpo cambiante. Cada día es una sorpresa, nunca sé cómo voy a amanecer. No son los otros los que reparan en mi cambio, soy yo que me convierto en un espectador perplejo de las mutaciones, la gordura, los estiramientos y el hambre.

7. Los quietos

Un día te voy a dejar, pensó Gonzalo, sin decírselo en voz alta a Diana. Un día te voy a dejar y no sé qué vas a hacer con tu vida. Pobre Diana, sola no podrá continuar, pensó, y la miró intentando que no le aflorase la pena en su cara, que su hermana no se diera cuenta de su aflicción. Trataba de tener una apariencia calma para Diana. Si ella lo miraba, él sonreía como si nada malo sucediera. Como si no hubiera motivo para la angustia.

—¿Vos creés que dentro de mucho tiempo, cuando seamos grandes del todo, me refiero a cuando pasen los años, seguiremos siendo personas tristes?

Gonzalo la miró y armó nuevamente la sonrisa remanso.

—No, creo que dentro de muchos años, en otro presente, la vida será distinta.

—¿A qué hora vuelve la tía? —preguntó Diana, cambiando de tema y midiendo el espacio temporal que les quedaba para mantener esa charla íntima entre hermanos, en la cocina, al atardecer, mientras se iba yendo la luz.

—Dijo que la esperemos con la comida hecha. Fue a lo de don Julián, van a bañar a la esposa. Levantar el cuerpo, llevarla a la bañera, trasladar ese peso muerto, frotarla, lavarle el pelo, secarla bien para que no se le formen hongos; todo eso tarda —dijo Gonzalo mirando de reojo a Diana que había vuelto a caer en su silencio—. Tenemos un rato más para estar solos.

—¿No deberíamos comenzar a preparar la salsa, cortar los tomates, picar la cebolla, todo eso?

—En un rato lo hacemos.

—¿Y vos creés que la tía es una persona feliz? —La pregunta insistente de Diana volvió a dejar a Gonzalo en una zona incierta y desolada, que quería disimular, entonces intentó el simulacro de la respuesta segura.

—No creo que la tía necesite ser feliz.

—¿Nosotros sí necesitamos?

—Claro, por eso estamos tristes. Si no hubiera necesidad...

La oscuridad se adentraba en la cocina. Los muebles recubiertos con una laca manchada se hacían más opacos, la penumbra creciente se tragaba los objetos cotidianos. Ya no se podía distinguir el repasador a cuadros que había quedado en una esquina junto a una licuadora rota.

La noche avanzaba y ninguno de los dos atinaba a levantarse y

prender la luz. Gonzalo temía que Diana estuviese llorando y, por pudor o incapacidad, no podría brindarle consuelo.

—En la película lo único que ponía feliz a Kevin Bacon era bailar —dijo Gonzalo, para probar si hablar de cine los sacaba de ese pantano melancólico al que habían sucumbido.

Detrás de la ventana estaba el patio. Gonzalo nunca salía a ese espacio. Las plantas y la tierra eran el territorio de su tía. Era un mundo verde y húmedo al que él jamás hacía caso. Había pájaros e insectos. La naturaleza reducida del patio le resultaba indiferente.

—Me hubiera gustado tener dotes para la danza. Cuando la tía me mandó, las clases me resultaron imposibles; las otras nenas saltaban como langostas y yo apenas podía despegarme del suelo. La profesora se puso más severa conmigo, me separaba del resto, me dejaba sola en la barra, haciendo una y otra vez los mismos movimientos. Era tan rígida la enseñanza, tan milimétricos los movimientos que tenía que hacer, y el cuerpo me dolía tanto. Los músculos me quedaban ardidos a la noche. Jamás podría relacionar la danza con la felicidad. Para mí era un calvario.

—Porque no era esa una danza libre. La manera de bailar de Kevin Bacon era desatada. Él venía de Chicago, había escuchado y bailado rock hasta el hartazgo. Por esas vueltas dañinas que da el destino, trasladan a su padre por trabajo, y caen en ese pueblucho, donde un pastor, que hace John Lithgow, ha prohibido el baile, porque le resulta demoníaco, porque invita al desenfreno. Y Kevin Bacon no piensa quedarse en el molde.

—Por algo es Kevin Bacon, claro.

—Mira casi con asco y pena toda esa vida provinciana, deslucida, y él tiene tanto para dar.

—Nosotros también tenemos una vida provinciana, Gonzalo.

—Ese es el legado de *Footloose*. No quedarse conforme con lo que uno tiene. Diana, la vida tiene más vueltas que un caracol. Miralo a Kevin Bacon, llegar a ese lugar inmundo y hacer un verdadero revuelo. No va que la hija del pastor se enamora de él. Ella es la más rubia, la que usa las polleras más cortas, la que tiene fuego en la sangre y unas ganas de bailar parecidas a la sed del náufrago. Ella es la chica a la que todos admiran y, zas, se enamora del recién llegado, del que viene de Chicago y le trae mundo y pasos nuevos para probar.

—Acá necesitaríamos a alguien que venga y nos sacuda un poco —dijo Diana y bajó la cabeza. Después se rio, y a Gonzalo no le causó gracia, pero también se rio, por acompañar nomás.

Afuera flotaba una última luz mortecina. También el diálogo en la cocina se apagaba. Diana emitía unas frases cansinas, parecía que la falta de luz, como a las plantas, le restaba energía. Diana iba bajando el nivel de la voz y se hacía inaudible. El susurro de su hermana, la

penumbra lo sumían a Gonzalo en un estado de somnolencia.

—La rubia se pierde de amor por él —Gonzalo retomó el relato para sacudir el sopor en el que caía— un día que lo encuentra bailando en una fábrica abandonada, solo, dando saltos enormes entre las máquinas herrumbradas y los escombros, volando por el aire. La escena es larga, ella lo mira de lejos. Creo que no es Kevin Bacon el que baila en todas las tomas, digo que no hay actor que pueda dar tamaños saltos y seguir con el mismo peinado como si nada. Y la secuencia tiene una luz azulina, celestial, y él parece un ángel, imposible no caer rendido a sus pies. Eso le pasa a ella, no puede con la belleza insolente de Kevin.

—¿Cómo termina? ¿Se acaba la prohibición en el maldito pueblo?

—No sé. Vino la tía, vio que había besos y baile, y me apagó el televisor. Espero que algún día la vuelvan a dar o pescarla de casualidad cuando esté solo.

—Algunas veces es mejor no ver las películas enteras, los finales decepcionan casi siempre.

—Me dieron ganas de bailar como Kevin Bacon. Damián se parece un poco a él, tiene un peinado parecido, desprolijo pero cuidado.

—¿Quién es Damián?

—Mi mejor amigo. Lo viste alguna vez a la salida del colegio.

—Siempre te veo solo.

—No, está Damián. A veces me acompaña, lo debés haber visto alguna vez.

—A mí me cuesta tener amigas. Me duran temporadas cortas. Ahora tengo una amiga de invierno, pero no la soporto mucho. Habla demasiado, solo le interesa su opinión y apenas me escucha.

—Me gusta estar con vos.

—A mí también, pero tenemos edades y formas de ser diferentes. Vos tenés que tener amigos y yo, amigas.

—Va a volver la tía y no nos pusimos a cocinar.

—Prendé la luz, apenas te veo.

—Todavía no la prendas, quedémonos un rato más así, a oscuras.

—Bueno, un ratito más, cinco minutos y la prendo.

8. El sótano

Don Julián me propone que trabaje en el sótano. Me angustio. Como si me estuviera confinando a un infierno húmedo y tenebroso. Yo ya vi cómo los empleados que pasan algunas horas ahí regresan pálidos y algo avejentados. Los veo volver como mineros luego de una larga y claustrofóbica jornada, los veo regresar débiles y sin esperanzas.

El depósito ocupa la misma dimensión que el mercadito, es el negativo del espacio superior. Su parte oculta e igual. Se desciende por una escalera de madera medio destartalada, ubicada detrás de la heladera de la carne.

Don Julián ya no baja; se cayó en un descuido y no quiere correr riesgos. Pero sabe que ese espacio es desorden y acumulación, y le parece buena idea que yo me ocupe de acomodarlo. Además no descubrió en mi persona ninguna habilidad notoria para el resto de las tareas del mercado. No soy eficaz con el trato al público, tampoco en la limpieza. Tal vez este castigo sea un modo de mantenerme ocupado y oculto.

Me encomienda que deseche las cajas de cartón que están estropeadas por la humedad y que las reemplace por otras para evitar la pérdida de los productos y poder desinfectar. Le pregunto con todo mi desgano cuánto tiempo voy a trabajar en el depósito y don Julián me responde, lo que sea necesario para restituirle la decencia a este sótano abandonado. Y así comienzo a bajar.

El peso de la condena que siento los primeros días subterráneos troca en levedad. Día tras día siento más y más alivio por evitar la superficie del mercadito. Y descubro en esa profundidad rezagada mi propio paraíso. Ahí nadie me puede molestar, en ese fondo soy yo conmigo mismo.

Antes del sótano, me había sentido solo pero entre conocidos. La soledad real la conozco ahí abajo. También la privacidad: mi cuarto no tiene llave y la tía entra sin pedir permiso.

Moviendo las cajas, encuentro una revista pornográfica, las páginas están pegoteadas y amarillentas. Supongo que un antiguo empleado la usó y luego la ocultó como una herencia clandestina para el que viniera después.

Paso las páginas, curioso y algo asqueado. No sé si es la humedad o lo desteñido del color de las imágenes, pero, lejos de excitarme, toda esa multitud de penetraciones, cuerpos abiertos, caras desencajadas y pieles brillosas me generan repugnancia.

Las fotos tienen zonas descoloridas, manchones con perímetros del color de algunos hongos, algunas partes están arrancadas, los cuerpos se ven mutilados, cadáveres en poses de placer o dolor.

Las primeras revistas las vi en el colegio, pero ahí pasan de banco en banco, por lo bajo, durante las clases, en medio de risitas y sofocones.

Cuando Damián mira esas revistas, se le hace un gesto particular en la boca, saca un poco la lengua, se asoma la punta en la comisura de los labios y entrecierra los ojos. Al verlo así, transfigurado, yo siento un dolor en el estómago, como si me dieran un puñetazo. En esa contemplación pornográfica, Damián me deja solo, a merced del resto, de los otros. Después me pasa la revista y yo miro sin ver, enceguecido por la traición.

Vuelvo a ocultar la revista vieja debajo de unas cajas, para que un futuro empleado le dé el uso debido.

Algo de esa desnudez animal y sucia me insufla mayor libertad acá abajo. Después de acomodar algunas cajas, me tiro en el suelo y me quedo dormido. Si hace calor, me saco la ropa, sentir el frescor húmedo del cemento me alivia. Las siestas duran minutos y apenas llego a soñar.

Estar abajo me da un estado de sopor agradable, un tiempo estancado, pantanoso, en el que me hundo sin culpas ni obligaciones. Nadie sabe de mi estar salvaje. Llego cada día, saludo con un gesto a don Julián y al empleado que acomoda las góndolas con fastidio, bajo por las escaleras y me saco la ropa. Muevo unas cajas, tiro un poco de agua para limpiar, después me acuesto y cierro los ojos. Tengo una vida paralela y desnuda bajo el suelo del mercadito.

Ese estado de soledad plena tiene una interrupción. Esta tarde me quedo dormido y al despertarme es de noche. No me doy cuenta hasta que subo al mercadito y me descubro en medio de la oscuridad con la cortina de hierro baja. Me aterro.

Camino guiándome por el borde de las góndolas hacia la cocina del local, que está junto a un bañito inmundo. Al abrir la puerta de melamina rota, veo en penumbras a un cuerpo recostado en un rincón del piso. Es una sombra en las sombras, un cuerpo de hombre grande que puedo distinguir por una respiración grave y entrecortada.

—No te asustes. —Emite esa frase temblorosa la sombra desde abajo y puedo reconocer la voz de don Julián, cavernosa y raspada por el cigarrillo.

Tanteando, quiero llegar a la llave de luz.

—No prendas la luz, no quiero que me veas así —susurra don Julián, y de pronto siento por él una pena muy aguda, como una puntada que me tira hacia atrás, y tengo que apoyar la espalda en la

pared para no caerme.

—¿Necesita que lo ayude? —atino a decir.

—No. ¿Vos necesitás ayuda?

Me siento algo confundido.

—¿Estoy despierto? —me oigo murmurar.

—Sí, pero es probable que mañana olvides todo.

—¿Qué hace acá?

—Algunas noche me quedo después de la hora de cierre tomando vino, y pasan las horas y no tengo deseos de volver a mi casa. Suelo quedarme acá esperando al día siguiente.

—¿Y Esther?

—Es como una planta. Duerme. A esta hora, tu tía la limpió y la hizo dormir. No hay diferencia entre quedarme acá o volver a casa.

—Es raro: así, a oscuras, su voz me resulta parecida a la mía.

—Puede ser que tengamos rasgos parecidos.

—Me perdí.

—Estuviste perdido, ahora no. Estás conmigo, es de noche, todo lo malo pasó, el día terminó. Somos un padre y un hijo.

—Yo, que me sentía tan huérfano e incomprendido.

—Estuve cerca, siempre.

—¿Qué pasó?

—¿Cuándo?

—¿Por qué nos sentimos tan solos mi hermana y yo?

—Tu madre se puso enferma de tristeza, mucho antes del golpe que la paralizó. Los tuvo con mucha emoción y ansiedad, pero sin que me diera cuenta, su ánimo se fue apagando y los miraba a ustedes crecer con apatía. Yo no sabía qué hacer, ustedes se golpeaban, tenían hambre, y ella no les daba de comer, no los limpiaba, y comencé a desesperar. Ella tenía una comadre que venía y los cuidaba. Resultó más simple que un día se los llevara. Al menos por un tiempo, pensé o me consolé con esa idea; después fue una crianza permanente.

—Somos los hijos no queridos por una madre.

—Siempre fue un misterio. Todavía hoy, paralítica y distante, a veces, me acerco a su oído y le pregunto, ¿quién sos?, ¿quién fuiste?, ¿hay alguien ahí?

—¿Esta conversación es un invento de mi mente? ¿Está visión sonora en la oscuridad está sucediendo?

—Soy tu padre, vine a consolarte. Me quedé acá para darte compañía.

—Mañana mismo me voy a despertar y no recordaré todo esto y tendré que ir al colegio a la mañana y vendré a trabajar después y bajaré al sótano y tendré otro de los mil días parecidos y nada, nada va a cambiar, nunca, jamás.

—Un día, dentro de muchos días, mi voz se te cruzará en los

pensamientos. Un día te vas a ir muy lejos y vas a estar un poco extraviado en una calle irreconocible y resonará una voz parecida a la mía y tendrás una nostalgia reconfortante.

—¿Me puedo tirar en el piso y dormir acá?

—Claro.

—Así estoy mejor, acostado. Me gusta este silencio, no lo conocía.

—Un padre y un hijo y la noche.

—Tengo mucho sueño.

—Dormí, yo te cuido.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

9. Los bulbos capilares

Gonzalo se preguntó si poseía una especie de santidad que le permitía hablar con animales y cosas. Una suerte de san Francisco de ciudad chica. Pero no era una época de santos y además él tenía malos pensamientos, impulsos oscuros hacia otros y hacia él mismo. También, una fuerza que no manejaba y lo sacudía. Un sentir que antes desconocía y lo hacía mirar a ciertos hombres de una manera nueva, como si tuviesen polos magnéticos en sus cuerpos.

No era posible que fuera santo, tenía demasiadas cosas malas encima, nada de pureza. Solía tocarse bastante cuando comprobaba que su tía y su hermana estaban dormidas. Se tocaba sin llegar a mojarse, con el temor a ser descubierto en esos rituales secretos. Se tocaba llegando a un límite donde frenaba e intentaba dormir, pero el sueño que sucedía era entrecortado e inquieto. Se tocaba muchas veces pensando sin querer en Damián. Intentaba evitarlo, pero no podía.

Le volvía una y otra vez la misma imagen: un día de lluvia, habían pasado por la casa de su amigo para estudiar y conversar un poco, y al entrar al cuarto —un cuarto envidiable, con posters de autos y músicos pegados en las paredes, con pintadas de aerosol dorado, un cuarto libre—, ahí, en esa habitación, ni bien cerraron la puerta, Damián se sacó la ropa mojada y se quedó en slip un rato largo. Se paseó diciendo cosas, solo sonidos para Gonzalo, que no podía decodificar las palabras, solo mirar las formas ondulantes del cuerpo fibroso de su amigo, cómo Damián se demoraba buscando ropa seca en los cajones, apenas cubierto por ese diminuto slip celeste. Gonzalo lo observaba hipnotizado, como si estuviera viendo por primera vez un pavo real, una aurora boreal o un aterrizaje extraterrestre.

Damián se dejó mirar, no hizo caso del deslumbramiento de Gonzalo o no le importó ser contemplado. En un momento dado, antes de ponerse la remera recién sacada del cajón, se la arrojó a la cara jugando, como si lo quisiera despertar del ensueño. Entonces Gonzalo fue cubierto por el perfume del deseo. No lo sabía todavía, no sabía qué sentir. Desconocía el amor y su trampa, y la caída era inevitable. Fue tan pleno durante los breves segundos que tuvo la cabeza tapada por la remera de Damián y su aroma entre salado y dulzón, estaba tan extasiado frente a su amigo desnudo, que se olvidó de sí. Se sintió perdido de amor e incapaz de mensurar las consecuencias del arrebato.

Al reiterar en su memoria ese momento, antes de dormir, al

acariciarse, Gonzalo notó que algunas partes de su cuerpo se habían cubierto de pelo sin que pudiera percibirlo. Un pelo duro y enrulado se alojaba en el pubis y subía hacia el pecho. Las axilas se habían puesto tupidas y la parte superior de su espalda tenía también manchones de pelo. Le crecía la barba, había dejado de ser solo una sombra en el mentón y se había vuelto densa, oscura.

En su cuerpo se libraba una batalla. Mientras sus pechos seguían hinchados, avanzaba el vello. Lo femenino y lo masculino entraban en guerra. ¿Quién ganaría finalmente? ¿Sería una mujer peluda o un oso con tetas? ¿Qué fuerza hormonal cantaría victoria?

Y así como en lo físico se desataba una revolución de pelos y pechos, en lo espiritual la cuestión no estaba más calma. El recuerdo de la charla con don Julián en el mercadito volvía una y otra vez.

Se inauguraba en él una vida no real. Pequeños corrimientos al principio, indicios de una grieta que se abría en su presente. Imágenes confusas que atribuía a residuos del sueño. Una lágrima de sangre que caía del ojo de su tía y estallaba en el suelo tiñendo toda la superficie de rojo. El halo de luz alrededor de la cabeza de su hermana. Un rumor cansino emanando de las plantas del jardín. Un destello fosforescente que podía vislumbrar en la profundidad de la boca de Damián cuando hablaba. Visiones que lo mareaban, que aparecían cada día, sin previo aviso, extraordinarias y fugaces.

El vello creciente invadía toda la extensión de su cuerpo. Por las noches, Gonzalo temía convertirse en una criatura peluda, como le sucedía a Michael Fox en *Muchacho lobo* en pleno campus universitario. Michael Fox, dotado de un poder lobizón, revertía su suerte de perdedor americano y terminaba triunfante, monstruoso y popular, con el amor correspondido de la más rubia.

Gonzalo temía a la invasión capilar en su cuerpo, pero al mismo tiempo creía en el triunfo inesperado de los fenómenos nocturnos. Además, esa tupidez nueva le proveía una energía que creía no tener: primitiva, tosca, violenta.

Los pelos que aparecían se imponían a la delicadeza de su piel. El mismo Damián le dijo, estás peludo, y Gonzalo se sonrojó. Los diminutos filamentos que lo invadían se erizaron ante la posibilidad de que su amigo acercara la mano, cosa que Damián no hizo, y entonces el vello volvió a su estado horizontal.

Una noche, Delia cayó enferma y les pidió a Diana y a él que prepararan la comida y le llevaran la cena a la cama. Su hermana cocinó y él puso el plato de comida en la única y ancestral bandeja que había en la casa. Con cuidado, se desplazó hasta el cuarto de su tía. Al golpear la puerta, Delia con un quejido le respondió que pase y Gonzalo hizo malabares para entrar y dejar en la cama la bandeja con

el plato y un vaso de agua a punto de volcarse.

Delia, desde su cama con respaldo de hierro y sonidos crujientes, miró cómo Gonzalo se agachaba con la bandeja en equilibrio. Gonzalo notó que ella lo miraba detenidamente, con los ojos húmedos de alguien temporalmente enfermo. Delia dio dos tosidos y dijo, estás hecho un hombre, peludo como tu padre, a él también le sobraba pelo. Después dio un bocado y, antes de dar otro, le señaló un sobre que había en la mesa de luz y le pidió que se lo llevase al día siguiente a don Julián.

Gonzalo no hizo preguntas, levantó el sobre y al hacerlo sintió el aroma de la colonia que su tía se colocaba cuando terminaba de bañarse, un perfume dulzón y mareante. Era un olor pretencioso, que a Gonzalo le disgustaba. Un olor que perduraría al introducirlo en su bolsillo. Cerró la puerta cuando su tía daba los primeros bocados.

Lo primero que hizo Gonzalo la tarde siguiente, al entrar al negocio, fue darle ese sobre impregnado de perfume a don Julián, que parecía sumido en el sopor de la siesta mientras acomodaba las cajas con la mercadería nueva. Gonzalo extendió el sobre, le dijo que su tía estaba un poco enferma, en cama, que no iría, como cada día, a visitar a la esposa lisiada.

En la mente de Gonzalo, se cruzó —como un animal en la ruta— la imagen de aquel hombre la noche anterior. Por un instante pensó si ese tipo agobiado podía ser su padre real. De inmediato lo descartó, sus muertos eran un enigma sellado. Como en el universo donde hay agujeros negros en los que todo cae a otra dimensión, cada vez que Gonzalo pensaba en sus padres, algo se ahuecaba y sucumbía en él. Y era ese vértigo el que le traía visiones de paternidades posibles en seres absurdos como don Julián. Sus muertos lo habían sumido en una soledad cósmica. Saberse tan solo le daba libertad y al mismo tiempo una inquietud intolerable.

Don Julián tomó el sobre, bajó la mirada y lo guardó dentro del pantalón, pero no en el bolsillo, sino adentro: levantó la camisa, que descubrió un matorral de pelos abajo del pliegue del estómago, y escondió el mensaje adentro del calzón, en sus partes bajas, dijo que lo leería después.

Gonzalo imaginó el perfume de su tía hundiéndose en las zonas más húmedas de don Julián, en ese pantano púbico de pelos y piel vieja, el aroma de la colonia que se apagaba y desaparecía.

Hizo de cuenta que no veía el ocultamiento, saludó a los dos empleados y bajó al depósito en silencio.

10. Delitos insignificantes

La ausencia de Damián se hace notar de forma gradual. En algún recreo se ríe de un comentario que los otros hacen o devuelve una pelota con un golpe viril y se lo festejan. Pasa más tiempo con ellos. Al principio, se disculpaba por la breve ausencia. Me decía, ya vengo, y me dejaba solo y mirando de lejos. Ahora ni las disculpas, se va ni bien suena el timbre y se suma al malón de jugadores de fútbol o de fumadores a escondidas. Tiene código con ellos, se ríe de una forma desaforada que me irrita. No se lo digo, trato de no decirle nada para que no se aleje más, pero es inútil, ellos parecen interesarle mucho más que mi persona.

Desde hace unos días Damián se cambió de banco. Como si yo tuviera un virus transmisible por cercanía, estableció una distancia prudencial. Ahora se sienta en la otra punta del aula y queda su espacio ausente a mi lado, nadie lo utiliza, el banco está vacío, señalando la falta.

En el mercadito también hay cambios: don Julián me sacó del sótano y me pidió que atienda la caja. En el sótano habría podido hacer un duelo tranquilo de Damián. Pero me obligan a estar en contacto con el afuera.

Don Julián me explica el funcionamiento de la caja. Colocar los billetes del mismo lado, hacer fajos de cien, apretar las teclas al sumar, escuchar la campana de registro, separar las monedas a un costado, ir ocultando los billetes de mayor valor al fondo. Estoy aprendiendo maquinalmente a trabajar con el dinero, a ser pare de la circulación, del flujo diario de esa materia que corre por manos adultas. Tengo un accionar práctico. Pero extraño el silencio del sótano. Acciono, cuento los billetes, doy vueltos, mantengo mínimos intercambios con la clientela, pero añoro estar desnudo y durmiendo abajo.

Pienso ese lugar como una suerte de cápsula, como la que tienen en la NASA, una cápsula de silencio total para que los astronautas se acostumbren al vacío sonoro del espacio. Una cápsula donde no hay ruido alguno y el silencio es tal que se pueden oír los movimientos de la sangre corriendo por las venas, el crujido de los huesos, los desplazamientos mínimos en la masa cerebral. Un silencio tan insoportable y escandaloso en el cual, si uno permanece durante horas, es inevitable la locura. Un silencio que la mente no tolera. El afuera me salvó del estallido.

Los primeros días en la caja tuve una sensación de normalidad extrema. Me vuelvo un ser funcional y concreto. Voy al colegio y con la poca atención que presto puedo responder a los estudios básicos. Al mediodía, cuando estamos solos Diana y yo, comemos y hablamos de películas. Si viene la tía, nos sumimos en mutismo a dúo. Después voy al mercadito, me ubico en la caja y paso la tarde. Actúo, resuelvo los días. Pero siento un malestar que no me deja del todo tranquilo. En el fondo me revuelvo, estoy inquieto. La falta, la parte dañada se reactiva y resurge mi angustia.

El robo apareció para calmar. Adrenalina que me toma por entero. Comencé a observar los descuidos de las clientas, se retiran sin contar el vuelto, cargando sus bolsas llenas o empujando el carrito. Yo me hago el distraído y me quedo con alguna parte del vuelto, una mínima diferencia que repetida en la jornada se convierte en una suma nada despreciable.

Me volví un observador de la conducta de la clientela, descubrí que tienen una característica dispersa: justo antes de pagar, miran la fecha de vencimiento de los productos o hablan con sus vecinas o se apuran. Y ahí es cuando actúa mi voracidad. Si alguna cuenta el dinero y nota la falta, de inmediato me disculpo con palabras atolondradas y ficho a la víctima para no repetirla. Mi aspecto bondadoso ayuda siempre. Nadie sospecha de mí. Además hablo en voz baja y soy muy amable.

El dinero lo junto en bolsitas de nailon que guardo entre el colchón y el elástico de mi cama, rollitos de plata con una gomita que los aprieta. Se van acumulando, son mi futuro, mi partida, me voy a ir cuando tenga suficiente. ¿Adónde voy a ir? ¿Cuándo voy a lograr juntar la suma suficiente? No lo sé, cuando se despierta el apetito monetario, nunca existe un suficiente.

El empleado de la carnicería, en un descanso, mientras se limpia las manos ensangrentadas en el delantal de un blanco percudido, me pregunta casi susurrando si ya «pinché» la caja. Las marcas rojas, líneas de los dedos como arañazos de una bestia, quedan dibujadas en la tela que cubre la ropa en la zona del estómago. Lo miro sin entender y me guiña un ojo.

Tardo unos días en decodificar el comentario. Deduzco el mecanismo. Yo, que no soy particularmente inteligente, noto que si no aprieto el botón rojo, no sale el ticket y el pago no queda registrado, entonces puedo quedarme con el dinero y la compra no existe. Al final del día, cuando don Julián baja la cortina metálica, yo meto de prisa el botín en mi bolsillo.

También entiendo que no puedo abusar del pinchado: la caja es el centro del mercadito, el corazón que bombea la sangre para que funcione. La economía del mercado se mantiene en el balance entre los productos que se venden y los que se compran a los mayoristas. Si

las ventas son pocas y no se puede reponer el stock, se hace evidente mi delito. Además, don Julián pasa por la caja por lo menos tres veces en la tarde, mira, controla, cuenta los fajos de dinero.

El delinquir me tiene excitado, ansioso, en estado de alerta. Me siento más despierto que nunca. Voy al cine los sábados. Me compro los vaqueros que me gustan en una tienda del centro. Un pulóver bordó, unas camisas. Tengo ropa nueva que me hace distinguido. Recupero mi dignidad. El robo es una indemnización. Si me insultan en el colegio, si me dejan de lado, si la tía me increpa, si don Julián me paga una miseria, el robo compensa, equilibra el mal porvenir. Me siento una especie de Robin Hood, pero en vez de quitar para darles a los pobres, me lo quedo para curar mi parte carenciada.

Al fin y al cabo, el dinero es un río sucio, que pasa de mano en mano, no tiene dueño sino propietarios, y en su camino provoca daños e injusticia. Tomo lo que me corresponde en la deriva.

Pero si robar me da poder, la desventaja es el desvelo que me produce: duermo mal y estoy nervioso. Me siento solo y clandestino.

Antes le podría haber contado a Damián, habría podido compartir con él parte del botín, le habría comprado cosas, pero él se distanció, apenas me mira y, si se dirige a mí, lo hace con desdén, casi con burla, dejando en claro que ya no somos cercanos.

Relaciono el robo con la falta de Damián. No puedo separar una cosa de la otra.

Añoro las charlas, las sonrisas que me dedicaba, lo veo casi todos los días y lo desconozco. Lo veo y al mismo tiempo lo extraño. Yo cambié y él no lo sabe; yo me volví un ser astuto y descubrí tener una secreta audacia. Vivo el peligro.

Ese vértigo delictivo me impulsa a llamarlo. Marco el teléfono de su casa varias veces. Cuando atienden otras personas, su madre o los hermanos, cuelgo. Pero cada tanto es su voz; entonces espero y lo escucho preguntar quién es y me quedo callado, con un nudo en la garganta, y ese silencio fugaz nos vuelve a unir por unos segundos. Después Damián insulta y cuelga, y me quedo en blanco con el teléfono en la mano, sin reaccionar.

Estoy encerrado en un silencio aturdidor, como si me hubiesen golpeado el cráneo con una piedra y hubiera quedado retumbando el eco del impacto.

Un silencio como el de la cápsula de la NASA, un silencio insoportable. Un silencio interminable, sin esperanzas.

11. Completos desconocidos

Gonzalo no quería sentirse mezquino con el dinero que acumulaba. Tenía estipulado, con el tiempo, compartir con su hermana ese oculto tesoro. Pensó en un anticipo, una señal alegre, hacer un regalo: él, que jamás había regalado algo, quiso conocer la dicha de dar. Saborear la sorpresa en el otro. Descubrir alegría en el receptor. Necesitó, como un rapto, ofrecer a su hermana algo de todo lo acumulado. Que la riqueza comenzara a moverse, a circular, a drenar. Airear la fortuna que se aplastaba bajo su colchón.

Gonzalo había sentido un poco de vergüenza cuando compró una caja de maquillaje primorosamente diseñada; era nacarada con bordes dorados y un cerrojo plateado que contenía en su interior un juego de distintos coloretes, elementos esponjosos para aplicarlos y un diminuto espejo.

Diana le agradeció el regalo con una sonrisa rara.

Gonzalo se lo entregó envuelto en un papel con motivos nórdicos: bosques de un verde intenso y ciervos con narices coloradas. A Diana le dio pena romperlo y lo desplegó con cuidado para conservar el envoltorio. Al abrir el paquete, escrutó la cajita y dijo, esto debe ser carísimo. Gonzalo sonrió con orgullo y respondió que no era para tanto, mientras se extrañaba de que Diana no atinara a probar las pinturas en su piel. Ella observaba el objeto como si fuera un marciano mirando una cuchara, desconociendo su simple utilidad. Miraba con distancia y extrañamiento.

—Pensé que te quedaría más linda la cara con un delineado en los ojos y sombras en los párpados —le dijo Gonzalo.

—¿No soy linda? —le respondió con picardía Diana.

—Sí —le retrucó Gonzalo con certeza—, pero a los hombres les gusta cuando las mujeres se pintan, resaltan los ojos, los labios, las mejillas, todo lo lindo se hace más notorio.

—¿Y a vos cómo te gustan más las mujeres? —le preguntó Diana.

Él no supo qué decir. Jamás había pensado en cómo le gustaban las mujeres, era un tema no transitado y enigmático. Se quedó callado un momento y Diana aprovechó para guardar la cajita en el fondo del ropero. Él preguntó por qué la escondía y ella respondió que sería mejor que Delia no la viera. Seguramente a la tía no le iba a gustar eso de pintarrajearse y mejor la reservaba para más adelante.

—¿Para cuándo? —insistió Gonzalo.

Ella hizo silencio y dijo:

—Para el futuro, cuando pase mucho tiempo. El día menos

pensado, saco la caja y me pinto como un payaso.

—Todo queda para el futuro —dijo Gonzalo.

Ella se rio, un poco triste la risa, pero risa al fin y al cabo, y Gonzalo, que no tenía ganas de reírse, se rio un poco para acompañar, y esa risa solidaria pareciera que le dio ánimo a Diana porque reventó en una carcajada. Y la carcajada a su vez provocó una euforia gozosa en él y le vino, como réplica, una oledada de risotadas que se plegaron a la de su hermana, y entonces rieron como locos, sin un gran motivo; les saltaban lágrimas de los ojos de tanta risa, y de repente dejaron de reír y se quedaron en silencio, como si se acordaran de nuevo de que los dos eran huérfanos y tristes y que no abundaban los motivos para la risa.

A veces, sin que Diana se diera cuenta, Gonzalo la estudiaba. Ella tenía gestos secos cuando cocinaba, cuando hablaba con alguien se mostraba parca, se vestía de manera más que austera. Tenía un aspecto pulcro pero sin encanto. Dejó de usar los aros que le habían puesto de niña y los agujeros de las orejas se cerraron. Detestaba usar collares. La tía tenía unos de perlas y repetía que serían su herencia para ella, y Diana movía la cabeza con cordialidad y desinterés.

Tenía un estar parco, no hablaba mucho, decía lo poco que había para decir y después callaba. No le disgustaba el trabajo físico, pero era bastante torpe con el estudio. En la escuela, había cumplido con esfuerzo con todas las materias, pero no parecía tener cualidades particulares.

Gonzalo siempre se había sentido cuidado por ella, desde chico. Cuando iban al río, ella entraba primero al agua, tanteaba con el pie para controlar que no hubiera latas, restos de vidrios o piedras puntiagudas que pudiesen lastimar a su hermano. Le gustaba tenerlo en brazos, quedarse quieta con él en su falda en una roca y sentirlo respirar mientras el agua corría por los costados. Gonzalo era su debilidad. Para ella, su hermano menor era un ser especial en el que ponía toda su devoción. Para Gonzalo, ella era un enigma.

Tal vez Diana tuviese recuerdos de sus padres, de una casa previa, una vida anterior que jamás mencionaba. Nunca se hablaba de un recuerdo que no fuera compartido por ambos. Diana era presente puro, era concreta y terrenal, y eso la volvía un lugar seguro al que acudía Gonzalo cuando temía perderse o cuando la pena lo debilitaba.

De chico, Gonzalo solía estar con su hermana en la vereda. Él jugaba o hacía dibujos en la tierra acumulada. Su hermana lo miraba y él se sentía protegido. Una de esas tardes la tía llamó a Diana y le pidió que entrara a la casa y la ayudara con algo. Gonzalo continuó afuera, siguiendo una procesión de hormigas que lo hizo alejarse más de lo acostumbrado. Cuando llegó al hormiguero, se detuvo y ya no le

dio gracia seguir a los insectos. Otros chicos hubieran pateado el montículo para ver los ínfimos túneles y conexiones y hacer un desastre en masa en el sistema del hormiguero. Pero a él nunca le llamó la atención destruir a los insectos ni sus cuevas. Quiso volver, caminó, estaba un poco mareado de haber mirado tanto hacia abajo. Entró a la casa. Cerró la puerta y descubrió que todo el interior estaba cambiado: las paredes estaban pintadas de colores vivos y había una familia reunida alrededor de una mesa comiendo. Padre, madre, hijos y un almuerzo abundante. Ellos se dieron vuelta y lo miraron estupefactos. Por un segundo, Gonzalo intuyó que la vida podía ser otra. Un segundo de pérdida total. Luego entendió que se había equivocado de casa y le sobrevino un llanto imparable. La señora lo acompañó hasta lo de su tía, que lo recibió preocupada y lo calmó.

Durante mucho tiempo recordó el desconcierto de la casa equivocada. Había una vida que lo esperaba en otro lado. Una vida que podía ser más real. Existían otras casas. Y podía tener otra vida cerca o lejos, aún no lo sabía, pero sí estaba seguro de que sería muy diferente a todo lo conocido.

En la vida imaginada, Diana se le aparecía difusa. Gonzalo no tenía certeza acerca de si ella compartiría su futuro. Y esa falta de claridad le daba culpa. No poder ver a Diana junto a él en otra parte la confinaba al olvido. Diana era una presencia cercana que iría volviéndose cada vez más extraña hasta desaparecer. Diana era una presencia concreta cada día, pero su compañía se iría diluyendo. Con el tiempo, la necesitaría cada vez menos, se volverían distantes y sería inevitable que terminaran siendo dos completos desconocidos.

12. La guerra fría

—Es un chico algo inadaptado —le cuento a Diana—, se aburre de las clases, de sus compañeros, del pueblo pequeño en el que vive. Tiene una novia, pero, por lo poco que ella habla, tampoco parece divertirlo demasiado.

—A veces la vida es medio insulsa.

—Sí, la de este chico transcurre así al principio de la película.

—¿Cómo será vivir en un lugar donde pasan muchas cosas?

Me viene como un sofocón con la pregunta, me da mucha sed. Abro la canilla y tomo del pico. Diana me señala un vaso, ahí en la mesada, un vaso que acaba de lavar. Le molesta mi parte salvaje. Y a mí me gusta provocarla. Hablar me da mucha sed, cuando estoy callado casi no tengo necesidad de agua. Calmada la sed, puedo seguir contando.

—Le regalan o compra una computadora, se la deben regalar los padres porque no trabaja y no tiene dinero. Como sea, tiene una computadora y aprende a usarla con una destreza que desconocía.

—Las computadoras van a ser el idioma del futuro, escuché anoche a alguien que decía en la radio que los que no sepan usar una computadora, en el futuro, van a ser analfabetos.

Me fastidia que me interrumpa. Me corta la inspiración. Me hacer perder el hilo. Me saca del recuerdo de las imágenes que todavía persisten, para traerme a esta cocina deslucida, opaca, con pintura cuarteada y azulejos celestes. Me distrae y mata la magia. Con sus comentarios, vuelve todo común, ordinario, lo que cuento pierde la gracia que tenía.

—Su computadora habla con una voz metálica, en realidad no habla, sino que es un sonido que traduce las palabras que se forman adentro, las acciones que hace la computadora, los procesos. Habla y responde lo que él y la novia le preguntan.

—Seguro que es una actriz que pone la voz latosa, no creo que hayan inventado una máquina parlante.

—Es ficción, una película, un cuento. No existe, seguro que hicieron algo así como decís. Pero dejame que siga.

—O a lo mejor usaron un ventrílocuo. ¿Viste los tipos esos con aspecto degenerado que tienen un muñeco flequilludo en la falda y lo hacen dialogar con ellos?

—Puede ser.

—Los muñecos y las muñecas, porque también hay muñecas, tienen una voz rara.

—Sí, ponele que usaron uno de esos, como sea, en la película te

creías que la voz era de la computadora.

—Una voz metálica.

—Eso mismo.

Mis escapadas al cine tienen también algo clandestino. Me bombea más fuerte el corazón cuando se apagan las luces. Hay un solo cine en el pueblo y muchas veces está vacío, lo tengo solo para mí. La pantalla está tapada por una cortina roja de terciopelo que se corre cuando comienza a rodar la cinta.

Suelo ir los fines de semana o los viernes, después del mercadito. A la tía le miento, le dijo que voy a lo de Damián a estudiar.

De noche, empezada la función, suelen entrar parejas que se sientan al fondo y se hacen arrumacos, algunas veces un par de señoras que hablan fuerte y yo les chisto, tal vez son clientas, la oscuridad me autoriza a quejarme, algunas siguen hablando y me distraen de la trama. Siempre me cuestan las tramas complicadas, me distraigo, pierdo el hilo, el foco de atención.

En el cine me siento como en el sótano, amparado en la sombra, libre para pensar. Curioso, excitado por lo que veo, pero sin peligro del afuera. El cine me protege.

Estoy viendo *Juegos de guerra*. El protagonista es morocho y pienso que se parece un poco a mí en su aspecto exterior. Si yo hubiese nacido en una ciudad chica de los Estados Unidos, podría haber sido como él. Tendría una vida con novia rubia, computadora parlante y café con donas. En eso están mis pensamientos, cuando siento un calor en la pierna, una presión en el muslo y el movimiento lento de una mano que se desplaza sobre la tela de mi pantalón. Tardo en reaccionar. A mi lado hay un hombre al que no puedo distinguir bien, tiene un aliento agrio, lo que indica que debe ser mayor, tal vez viejo, porque cuando toco su mano para sacarla de ahí, siento su piel áspera y rugosa. Me desoriento, dejo de ver, me repliego.

—Él hace trampas con la computadora, cambia las notas de los exámenes del colegio, compra unos pasajes de avión. Descubre que tiene un nuevo poder cibernético.

—Un pequeño delincuente.

—No, es alguien que se descubre muy especial y capacitado en lo tecnológico.

—Los peligros del futuro.

—Eso, ahí está el punto, ese es el tema de la película. Un día descubre de casualidad un juego de guerra: movimientos de misiles entre Rusia y los Estados Unidos, comienza a diseñar un ataque nuclear. Pero lo que desconoce es que ha entrado al control general, al

Pentágono, al sistema donde se planean los exterminios, y ha desatado el comienzo de la catástrofe.

Al quitar esa mano de mi pierna, como se saca una langosta que aterrizó distraída, el hombre se corre de lugar, se levanta, se sienta más lejos y yo quedo petrificado. Siento una mezcla de repulsión y vértigo. En la pantalla la película sigue, pero yo solo veo formas, manchas, como cuando se quema el celuloide en el proyector y se hace un centro de fuego que se abre dejando el espacio blanco de la luz; es como una caída visual y un instante de pura perplejidad. Tengo asco, pero también una sensación grata: soy alguien susceptible de ser tocado. Una persona me deseó y eso me provoca rechazo y al mismo tiempo curiosidad. Permanezco con la respiración cortada, inmóvil, sin saber qué sentir.

—Cuando la tercera guerra mundial está por estallar, descubren la falla: que un chico pueblerino ha estado jugando con el destino del mundo.

—Un irresponsable.

—No, un valiente. Lo llevan a esa base militar para que desarme un inminente colapso. Ahí hay mucha tensión, sonido de reloj, pantallas, luces fosforescentes. Toda la tecnología del mundo, todas las potencias del mundo, jaqueadas por un chico de provincia.

Me queda la sensación encontrada durante semanas. Los días pasan, parecidos unos a otros, colegio, calle, mercadito, casa, y en algún momento me detengo pensando, yo fui tocado.

Vuelvo al cine con temor y deseo, pero nadie se vuelve a sentar a mi lado. Como en el colegio, el lugar de al lado está vacante. Me gustaría contarle a Damián del manoseo en el cine, pero él ya se distanció del todo y casi ni me nota.

A veces, sentado en mi banco, escuchando sin prestar atención a algún tedioso profesor, la memoria de mi pierna se despierta y resurge el calor en la zona tocada. Trato de pensar en otra cosa, pero ese calor insiste. En el empeño que pongo en evitarlo, el calor sube con más ímpetu por mi cuerpo, hacia la garganta, expandiéndose en la cara, manifestado en un rubor molesto.

—Y él debe desactivar el ataque nuclear, evitar el exterminio, el apocalipsis, la lucha de las dos grandes potencias que se van a destruir. A un chico que no llama demasiado la atención, un débil, lo necesitan para evitar el desastre.

A la salida del colegió la veo a Diana y me asusto. Nunca viene a

buscarme. Me dice que la tía se siente mal, que don Julián vino a casa y necesita que vaya directo al mercadito para cubrir su ausencia y no tener que cerrar. Le pregunto qué le pasa a la tía y ella dice, nada grave, y baja la vista.

Pasan por al lado mis compañeros, Damián está con ellos. Hacen un comentario que no llego a oír y luego se ríen y se alejan. Veo a Diana correr hacia ellos, enfurecida, les exige a los gritos que repitan lo que dijeron. Yo me quedo azorado, no entiendo por qué una ofensa dirigida a mí la puede afectar tanto. Ella está exaltada y les grita con una voz raspada, tiene la actitud de una bestia descontrolada. Damián dice, ¿por qué lo defendés vos, acaso no puede defenderse solo? Ella le grita y él se acerca más como para pegarle, pero otro lo detiene y se alejan murmurando. Diana gira y me mira con tristeza.

Le digo que no les haga caso, que a mí ya no me importa, y ella dice, se trata de la dignidad. Y después caminamos en silencio.

Cuando nos acercamos a la casa, nos intercepta don Julián y me avisa que ya no es necesaria mi ayuda, que vaya más tarde como siempre, que la tía está mejor.

Diana hace unas milanesas con ensalada. Comemos en silencio. Noto que tiembla. Como si la furia desatada todavía retumbara en su cuerpo y ella tratara de contenerse.

Dos fuerzas están en guerra. Yo no entiendo del todo la guerra de mi hermana. Tampoco el malestar de mi tía: cada tanto tiene jaquecas, mareos, se encierra en su cuarto o se va a la casa de don Julián.

Cada uno libra una batalla. Ellas no saben de mi guerra y yo no sé de las suyas.

Terminamos de comer, lavo los platos, Diana se va a su cuarto, la casa queda en silencio y sobreviene una calma provisoria.

13. Las vacaciones

Aunque estaban distanciados, el último día de clases Gonzalo quiso despedirse de Damián. Pero su amigo faltó. Las vacaciones comenzaron con un sabor amargo, con el peso de la ausencia.

Le resultaba difícil no pensar en Damián, imaginar una última charla en el colegio. Soñaba con un nuevo acercamiento, con una mirada cómplice que trajera de nuevo el afecto perdido. Se lo imaginaba sonriente y mirándolo a los ojos, diciéndole, hasta el año que viene, nos vemos pronto, te voy a extrañar todo el verano.

Pasadas las fiestas, don Julián decidió cerrar el mercadito para tomar unas breves vacaciones. Llevaría a su mujer a pasar una semana en un camping en las montañas, junto al río. Invitó a Delia, y a Gonzalo y Diana para que le hicieran compañía.

Hubo alboroto antes de la partida, Diana trabajó más que nunca dejando la casa limpia y ordenada para el regreso. Delia planeaba las comidas del veraneo, controlaba la ropa que debían llevar. Iba y venía de lo de don Julián a la casa planificando el viaje. Se mostraba ansiosa, de humor cambiante. Tenía entusiasmo pero también breves ataques de ira, enojos contra la quietud de Gonzalo o los descuidos de Diana. Pateaba objetos que quedaban en el camino, insultaba por lo bajo.

Gonzalo contó el botín que tenía bajo el colchón antes de ir a las forzadas vacaciones. Se propuso duplicar el dinero cuando volviera a trabajar. Hacer una fortuna discreta que le permitiera irse sin llamar la atención por el fraude. Una fortuna medida con la que podría ser independiente en un lugar desconocido, lejos, donde haría más dinero. Cuando tuviera suficiente, volvería a rescatar a su hermana, y entonces serían libres y adultos.

Contando el dinero, se prometió robar hasta una cifra moderada y allí detenerse, para no llamar la atención. Ser un ladrón cauto. Robar con sobriedad, sin exageraciones, sin llamar la atención.

Partieron a las vacaciones una mañana, temprano, en un auto enorme y destartalado. En el techo, don Julián puso la silla de ruedas de la mujer, las carpas e incontables bultos atados con sogas verdes.

Hacía calor y la luz era cruda. Gonzalo iba adelante, le tocó de copiloto por ser hombre, pero no cumplía con su rol; se mantenía callado, mirando con enorme aburrimiento el campo que se desplegaba detrás del vidrio. A él le tocaba repartir algunas galletas y

servir un jugo de naranja sintético que se ponía cada vez más caliente a medida que pasaban las horas. Atrás, viajaban apretados. La tía Delia sostenía a Esther, que sin control de su peso se bamboleaba en cada frenada o aceleración del vehículo.

La tía Delia propuso rezar un rosario para matar un poco el tiempo. Desde el asiento de adelante, Gonzalo no escuchaba la voz de Diana en el rezo, le resultaba raro que no emitiera sonido; giró para mirarla y la descubrió dormida o simulando el sueño para no rezar.

La tía y don Julián completaron el rosario con ayuda de Gonzalo y después hablaron un poco de vaguedades; el precio del camping, las provisiones que habían traído, el clima, el cuidado que debían tener en el río. Gonzalo se mantuvo callado y continuó acompañando con la mirada el tedio del paisaje. Poco rato después optó por cerrar los ojos y finalmente se quedó dormido.

Lo despertaron al llegar al camping; ya era de noche y la entrada del lugar estaba iluminada por una triste lamparita que se movía como un péndulo cada vez que alguien traspasaba la puerta. Los recibió una mujer de una edad indefinida, obesa, vestida de remera y pantalones cortos con estampados de palmeras desteñidas.

Don Julián y Gonzalo bajaron a Esther, que permanecía inmutable, lejos de todo. Depositaron el cuerpo en la silla de ruedas, que Delia empujó dentro del predio penumbroso.

Las carpas estaban alumbradas por linternas o soles de noche. Se escuchaban músicas mezcladas provenientes de distintas radios. Más lejos, un grupo preparaba un asado, se oían risotadas y se distinguía el resplandor de las brasas en la oscuridad.

Don Julián le dijo a Gonzalo que lo ayudase con el armado de las carpas. Buscaron el terreno asignado, Delia puso la silla de ruedas a un costado y Diana se quedó junto a ellas. Las mujeres miraron con desinterés el hacer de los hombres. Gonzalo le alcanzaba las estacas que don Julián clavaba en el suelo húmedo. Después extendieron las lonas; Gonzalo carecía de practicidad y eso retardaba cada paso. Don Julián se puso fastidioso y Delia le pidió a Diana que colaborara con los hombres. Entre los tres pudieron erigir las carpas en pocos minutos. Diana era precisa y ágil en sus movimientos. No le costaba sostener la lona, mover las estacas, tenía fuerza y firmeza.

Una vez instalados, comieron sánguches de paleta y queso, y tomaron lo que quedaba del jugo de naranja, que, con el paso de las horas y la entrada de la noche, se había enfriado un poco.

Se repartieron en dos carpas para dormir. Delia dudó si quedarse con sus sobrinos o acompañar a don Julián en el cuidado de Esther, y finalmente se decidió por la segunda opción: se fue con el hombre y cerró el cierre de la carpa.

Gonzalo y Diana se acostaron sobre unas frazadas que hacían las

veces de colchón, pero la dureza del suelo, la humedad que emanaba, la incomodidad les impedían dormir. Además estaba la inquietud.

—¿Estás despierta?

—Sí, ¿tampoco podés dormir?

—No. Trato pero no puedo. Dormí algo en el viaje, debe ser eso.

—Durante el viaje cerré los ojos pero no dormí.

—Creí que estabas dormida.

—No, no dormía, pensé que si cerraba los ojos el viaje sería más corto.

Gonzalo pensó en el día que vendría y en el otro y en el siguiente y sintió una opresión en el pecho. Todo el peso del calor y la cantidad de horas interminables que vendrían.

—No tenía ganas de venir.

—Yo tampoco.

—Espero que pasen rápido los días.

—Ojalá.

—¿Querés que te cuente una película?

—Ahora no tengo ganas de imaginar.

—Bueno, lo dejamos para otro día.

—Sí, mejor tratá de dormir. Hay que hablar en voz baja, esto es de tela, van a escucharnos y se van a levantar enojados.

—Bueno, trato de dormir entonces. Si no duermo, me quedo en silencio.

—Dale, quedate callado. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Gonzalo se quedó despierto y en silencio en la carpa, ardido de pensamientos, escuchando cómo la respiración de su hermana se hacía cada vez más lenta. Jugó a acompañarla con su respiración, imitarla en el inhalar y exhalar, acoplarse a su ritmo, dejarse llevar, y finalmente se hundió en el sueño.

A la mañana siguiente, mal dormido y encandilado por la crueldad del sol, Gonzalo se metió en el río. La sensación fue desagradable, los pies se hundieron en un barro resbaloso que parecía no tener fin. Quiso moverse, pero se seguía hundiendo.

Gritó. Su hermana vino en su auxilio, le alcanzó una rama seca para que se aferrara. Gonzalo logró salir arrastrándose hacia la orilla. Tenía barro adherido en las piernas, como medias que subían hasta los muslos y le otorgaban un aspecto estilizado y femenino. Don Julián y Delia se rieron. Esther lo miraba sin pestañear desde la silla de ruedas.

Más tarde, don Julián le pidió que lo ayudara a meter a Esther en el agua. Ellos, los hombres, arrastraron la silla hasta una zona de piedras que bordeaba el río. Don Julián colocó una tabla quemada que alguien había dejado tirada después de un improvisado asado. La tabla servía

como rampa para la silla. Esther estaba vestida con un short negro que dejaba al descubierto las piernas inmóviles; en la piel tenía marcas, diminutas, líneas azules que se ramificaban. Tenía la epidermis seca y escamada. Deslizaron la silla hasta que Esther pudo entrar al agua. La silla se encalló como un barco muy pesado en el agua barrosa. Tenía un peso desmesurado.

Con el contacto frío, Esther emitió un débil quejido. Pero como si la primera y traumática sensación cediera a un placer calmo, el rostro de la mujer se fue relajando. Gonzalo sostenía la silla adentro del agua oscura. La silla se deslizaba hacia el cauce del río. Entonces Gonzalo duplicaba su fuerza. No podía ver el fondo. No veía sus pies. Apenas lo que había unos centímetros bajo la superficie. Pero esa opacidad dejó de asustarlo para otorgarle placidez. Podía distinguir algunos peces oscuros y diminutos que se aproximaban a él, algunos renacuajos; sentía pequeñas presencias que lo tocaban, animales de río turbio lo rozaban tal vez dándole besos o comiendo las escamas de las piernas de Esther.

Esa oscuridad fresca y pantanosa y el sol de la mañana y ayudar a Esther le brindaban una felicidad inesperada. Gonzalo se sentía útil y soleado. En la orilla estaban su hermana y su tía, orgullosas de él.

El río corría desde la montaña, infatigable hacia el mar. Y el movimiento de las aguas era el olvido y Gonzalo cerraba los ojos. Y allí se le cruzó como una flecha de fuego la idea de soltar esa silla de ruedas y entregar el cuerpo de la mujer quieta a la corriente. Que aquel río se llevara ese cuerpo inerte y lo liberase. Que una piedad acuosa arrastrara a ese ser dolorido a un océano infinito donde se desintegrara y se hiciera espuma. Sentía que la mujer en su silencio le pedía ese último gesto amoroso.

Abrió los ojos y descubrió a don Julián que le clavaba la mirada y le ordenaba que sostuviera con más fuerza la silla. Gonzalo le hizo caso. Al rato, con un esfuerzo enorme, la sacaron del agua.

Diana le propuso a Gonzalo ir un poco más lejos, donde había una olla, para nadar más tranquilos. Caminaron dejando atrás a Delia y a don Julián, que secaban a Esther con una toalla áspera.

Al llegar a la olla, Gonzalo vio que su hermana se metía al agua sin quitarse la remera. Diana se mojaba, la tela se le adhería al cuerpo y no se le veían las tetas.

Y él, con el pecho descubierto, se vio peludo y pulposo; tenía todo lo que a ella le faltaba. Al entrar en el agua se lo comentó a Diana, y ella le respondió que algunos hombres eran así, que no era nada grave, que algunos hombres no eran hombres del todo. Era la naturaleza, un poco ridícula a veces, pero nada de qué preocuparse.

14. Cara Marcada

No puedo vencer el tedio. Los juegos de cartas, las caminatas por la orilla del río, recoger leña para el fuego, empujar la silla de Esther y quitarle las piedras que se le adhieren a las ruedas, ir a la despensa para comprar la comida del día siguiente, limpiar las carpas: las actividades que en otras vacaciones hacíamos sin chistar, casi entretenidos, este verano nos agobian. Un aburrimiento enorme nos cae encima. Diana y yo caminamos abatidos por el camping, y no es solo el calor insoportable, el olor húmedo que viene del monte, los mosquitos, la música pegajosa de la radio, es un desgano violento; nada nos resulta estimulante y los días se vuelven interminables.

Don Julián insiste en que hagamos un paseo a caballo. Yo ya había visto a las pobres bestias al costado del camino. Los caballos están muertos de sed, con el pelaje transpirado, brilloso al sol. Los cuida un hombre que parece viejo, pero puede no serlo, le faltan los dientes de adelante y tiene la mirada extraviada. Está vestido de gaucho y se abanica con su boina. Le siento aliento a vino cuando nos acercamos.

Enseguida aparece su nieto, un joven morocho, mucho más resolutivo en la colocación de las monturas y en las indicaciones a los turistas. Ambos tienen una cualidad ancestral, como si tuvieran un contacto milenario con esos animales, como si ellos mismos los hubiesen domado, o llevaran en la sangre un conocimiento arcaico sobre caballos y caminos.

El chico nos explica el manejo: sacudir las riendas para provocar el trote o acelerar el paso, tirarlas hacia atrás para frenar, golpear en las ancas con la fusta si queremos galopar. Todo eso lo va diciendo sin mirarnos.

Tiene ojos negros y esquivos, su mirada me sobrevuela pero nunca hacemos contacto. Tampoco cuando le pago; él agarra los billetes y se los mete rápido en el bolsillo de unas bermudas de jean percudido y desflecado. Tiene una remera verde sin mangas, desde donde se asoman unos brazos fuertes. Todo su ser parece fibroso.

Pienso que la rudeza del trabajo le moldeó un cuerpo atractivo. Cuando pasa a mi lado, puedo distinguir una marca rara que tiene en la cara, una línea violácea levemente hundida en la piel curtida, un surco semicircular que va desde la frente a la punta del mentón.

El chico quiere ayudarla a Diana a subirse al caballo, pero ella no acepta. Se las arregla sola: como si fuera ducha en la materia, pone un pie en el estribo con el que se impulsa y enseguida está arriba, sentada y firme. A mí me cuesta más, no emboco en el hueco del estribo, el

animal se mueve y Cara Marcada se pone impaciente. A Diana le da gracia la situación y larga una risita que me distrae y me pone más torpe.

En el último intento fallido, Cara Marcada me agarra la pierna y la conduce como un muñeco al estribo. Después me abraza desde atrás, agarrándome con una mano del muslo y con la otra de la espalda, y me impulsa hacia arriba, y siento un cosquilleo en el estómago y un leve mareo agradable. Me veo en la cima de la bestia y Cara Marcada me da las riendas; sus manos se rozan con las mías, tiene la piel demasiado áspera para su edad. Le agradezco y comenzamos el paseo.

Los caballos parecen extenuados, avanzamos despacio por el camino de tierra, en cada paso mi cuerpo se sacude, tengo un poco de temor y no encuentro dominio de mi eje. Pierdo el equilibrio y no me gusta mirar el suelo desde esa altura.

Diana, en cambio, parece estar contenta con el paseo. Hace un comentario sobre la cicatriz de Cara Marcada, conjetura que debe ser producto de una pelea callejera o carcelaria. Para mí, es una señal de la pobreza, una secuela de la miseria que maltrata los cuerpos y los deja dañados. Diana insiste en el tema y dice que no le queda tan mal, lo hace diferente.

No sabemos adonde ir y los caballos nos conducen en su inercia al punto de partida. Llegamos del deslucido paseo. El hombre gaucho se tiró en el pasto a dormir, tiene el rostro tapado por la boina que antes lo abanicaba. Cara Marcada nos recibe. Diana no acepta ayuda para bajar, lo hace de un solo salto. A mí me cuesta. Cara Marcada me agarra entre sus brazos para que no me caiga y me sostiene unos segundos más de lo necesario. Vuelvo a experimentar el sofocón y temo que se me ponga colorada la cara.

—¿No te gustó andar a caballo? —me pregunta Cara Marcada.

Y con la voz temblorosa le respondo que me da un poco de miedo, y él dice algo así como, no te preocupes, el miedo también pasa.

Diana se hizo amiga de dos chicas que acampan en una carpa lindera. Una es colorada y otra usa lentes. Diana se hizo más amiga de la segunda, la miope. A mí me parece más misteriosa y linda la otra, pero mi hermana se acerca más a las raras.

Diana tiene amigas de verano, le duran poco. No le cuesta hacerse de amigas, pero no las puede retener. Durante el año anda sola y en el verano consigue tener amistades fugaces; se van pronto, se distancian o le hacen el vacío y ella sufre. Mi hermana es de mucho sufrir.

A mí no me molesta estar solo. Camino, me meto un rato al río y desde ahí puedo mirar a mi antojo a Cara Marcada, que se mantiene estoico al sol alquilando los caballos.

Los ojos se me van ahí como un imán, a cada rato. Aunque me

distraiga con otra cosa, la mirada vuelve y lo veo frotar con un cepillo el pelaje de un caballo o engrasar unas riendas, o conversar con su abuelo sentado. Me resulta imposible no mirarlo. A veces coquetea con algunas turistas, se hace el valiente. Diana y sus dos amigas no le prestan atención, pero hay chicas que se ríen un poco y se le acercan bastante.

A la noche, la tía le da de comer a Esther mientras el resto acomodamos las carpas o armamos la mesita plegable para la cena. La tía le susurra a Esther mientras le pone la cuchara en la boca, la mujer quieta deglute sin detenerse, como si no tuviera límite estomacal. En un momento, la tía se cansa, le limpia la cara con un repasador y Esther da unos quejidos lastimosos que siguen mientras nosotros cenamos.

Me apiado, se me va el apetito y le doy a Esther lo que me sobra. Lo devora y puedo notar gratitud en su mirada vidriosa.

No puedo dormir. Diana no tiene ganas de hablar, dice que está muy cansada. Yo vuelvo a pensar en Cara Marcada. Repaso el momento en que me retuvo en sus brazos. Hago una comparación mental con el cuerpo de Damián, los pongo uno al lado del otro, imagino similitudes y diferencias: alturas parecidas, tonos de piel diferentes. Dejo de pensar porque me altero y no voy a poder conciliar el sueño. Trato de poner la mente en blanco.

Me despierto en medio de la noche todo transpirado y con mucha sed. Diana no está, la colcha revuelta, su lugar vacío. Me alarmo. Salgo al exterior de la carpa, es de madrugada, una luz pálida se insinúa entre la neblina que viene del río.

Todo está quieto y deshabitado. Borroso. Tengo miedo de no ser real. Entro de nuevo a la carpa, buscando refugio. Y al rato entra Diana, sigilosa, como si quisiera no despertarme, toda despeinada. En voz baja le pregunto adónde fue a esta hora y ella me responde de mal modo; dice, no seas metido, dormite. Y se esconde bajo la colcha. Trato de seguir durmiendo, pero no puedo porque la oigo sollozar.

Se me da por pasear a Esther un poco, pienso que se debe aburrir horrores en su parálisis, estacionada siempre al lado de la carpa, con la mirada en el piso.

La llevo por el camino de tierra rumbo al río, empujo la silla de ruedas con fuerza. Cara Marcada levanta la vista y me saluda inclinando la cabeza. Nos alejamos más, salimos a la ruta, los autos pasan a toda velocidad, sin piedad, dejando una polvareda tremenda. La mujer inmóvil tose y me parece mejor regresar.

Cuando la tía nos recibe, se queja de que tendrá que limpiar a Esther. También me manda a bañarme; le digo que me metí en el río

todos los días, pero ella grita que no es lo mismo el agua mugrosa del río que una buena ducha con jabón. Y para no contrariarla, busco ropa limpia y despacio me voy hacia el baño del camping.

Las duchas son comunitarias. Hay un grupo de hombres que terminaron de jugar al futbol y bromean a los gritos, hay algún que otro turista ocasional. Nunca antes había visto a tantos hombres desnudos juntos. Observo todo el panorama, no hay ducha libre. Me voy desvistiendo mientras miro: hay cuerpos de todo tipo, espaldas con pecas y lisas, pelos que se asoman en las axilas, piernas delgadas, gordas o musculosas, pitos de todo tamaño, panzas prominentes y otras chatas y marcadas. La visión, mezclada con el vapor y el aire condensado, me da un mareo parecido a un trance. Dejo de ver por unos segundos, como una nube oscura que tapa la mirada y sigue de largo; luego la visión se restablece. Y descubro en medio de todos esos cuerpos al de Cara Marcada.

Su desnudez se recorta del resto de manera insolente. No hace bromas con los otros sobre la caída del jabón ni se da empujones, se mantiene serio. Tiene un cuerpo irreverente y salvaje. Cara Marcada se baña como revancha, aprovechando el agua gratuita del camping. Se baña con la gratitud de un sediento terminal que da por fin con el líquido vital que lo salva. Se baña ensimismado.

Cara Marcada levanta la vista. Nos miramos y me sonríe.

Me siento aniquilado, tiemblo.

La atmósfera es densa, me veo ridículo y feo, apenas tapado por un slip con el elástico flojo. Tomo coraje cuando una ducha se libera, me desnudo, entro a mojarme y cierro los ojos, los mantengo apretados unos minutos por la vergüenza, mientras el agua me golpea. Los abro, Cara Marcada desapareció.

Cuando vuelvo a la carpa con la toalla en los hombros, veo a Diana recostada y le pregunto por sus amigas.

—Se fueron como se van todas —dice y da vuelta sobre sí, como si quisiera dormir, aunque todavía no es de noche.

Me pongo una remera limpia, me seco bien el pelo y salgo a caminar, me alejo del camping hacia el río. Subo por unos peñascos. Estoy despreocupado, casi liviano.

Se oye la música de la radio de los que comienzan a preparar el fuego para el asado de la noche; creo que es cumbia, se pierde con el ruido del agua y la brisa en los árboles. Me alejo más y subo a una roca enorme al borde de una especie de diquecito. Me siento y veo lo que queda del atardecer en medio de unas nubes violetas.

Respiro hondo y me doy cuenta de que ya no extraño a Damián, no me duele su ausencia, y eso me alivia. Aspiro el aire puro y lo suelto despacio en un suspiro largo, mientras la luz del día se va

extinguiendo y los árboles mustios cercanos al río, los sauces, los yuyos, la maleza espinosa se vuelven una mancha negra. Mi corazón late con calma en cada respiración. Se hace de noche, todo desaparece en la oscuridad, lo vivido queda en el pasado, lo malo se va y mi alma comienza a serenarse. Y en eso estoy cuando escucho que alguien o algo se acerca y me sobresalto.

Parado junto a la roca está Cara Marcada.

Con un par de movimientos rápidos, trepa hasta donde estoy y se sienta. Parece un animal no domesticado. Lo siento respirar muy cerca, tiene un aliento salado y su cuerpo emana calor.

—¿Qué hacés acá solo? —pregunta.

—Nada —le respondo.

—Esa no es una respuesta que valga.

—Caminaba, tomaba fresco.

—¿Te gusta el río?

—Más o menos. Debe ser mejor el mar.

—¿Y las chicas te gustan?

Me siento desconcertado. No sé bien qué responder y prefiero repreguntar.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz en la cara?

—Cuando era chico, me dio una patada un caballo. Si te fijás bien, es la marca de una herradura. La línea redondeada del impacto. Tenía cuatro años. No me acuerdo de nada porque me quedé frito durante horas. Me contaron que tenía la cara llena de sangre, no se distinguía la boca de la herida y creyeron que se me había reventado un ojo. Después pensaron que me iba a morir, pero sobreviví, se fue cicatrizando y me quedó la huella.

—Qué triste.

—No, no me molesta. Si al final no me morí ni pasó nada grave.

—Te queda bien la marca.

—Vos lo decís porque sos muy amable.

Se hace silencio y siento la respiración más cerca todavía. Ese olor salado del aliento me resulta agradable, es como si hubiera mascado pasto, tiene un dejo frutal, me trae imágenes de algún lugar salvaje y desconocido. El aliento me despierta la piel, el vello que recubre la epidermis se va erizando con cada exhalación suya. Cara Marcada, casi pegado a mí, vuelve a la carga.

—A mí me gustan mucho las chicas.

—Mirá vos —digo a modo de involuntaria provocación.

—Acá vienen un montón. Y así como vienen, se van. Y todas las que me gustan, se dejan.

—¿Qué se dejan?

—Se dejan tocar, les encanta.

—Mirá vos —repito, a falta de opinión sobre el tema.

Se hace un nuevo silencio. Y entonces siento su mano áspera entrar por la separación entre mi remera y el pantalón. Cara Marcada susurra.

—Así las toco. Despacio, y voy bajando.

Siento un latigazo de placer cercano a una convulsión. Una oleada de fuego que me arrastra afuera de la noche. Estoy ahogado. Su mano se mete por el pantalón y llega adonde solo yo me había tocado. Y me da rechazo y al mismo tiempo placer. Me aferro al brazo duro de Cara Marcada mientras desprende los botones del pantalón con habilidad y firmeza. Me dejo caer sobre la piedra, y él se sube encima y siento todo su peso mientras me saca la remera. Le agarro la espalda para sostenerlo mientras se saca la poca ropa que lo cubre y su pecho entra en contacto con el mío. Y ahí estoy yo, el no tocado, el de cuerpo mutante, despreciado; mi cuerpo confinado al castigo ahora siente un placer nuevo y reparador.

En medio del abrazo y el forcejeo, escucho a la tía que me llama.

Salto y me acomodo la ropa. Me pongo de pie. La diviso a lo lejos, parada como un vigía del otro lado del río. En esos movimientos desprolijos, llego a escuchar a Cara Marcada que me dice, no se lo digas a nadie.

Corro hacia la tía, me dice que Esther se cayó de la silla y necesitan que ayude a don Julián a levantarla. En el camino, ella me toca la frente y me pregunta si me siento bien.

Es la última noche de vacaciones. Cenamos fideos con manteca y nos vamos a dormir para partir temprano a la mañana.

Me cuesta dormir, esperando una señal para ir hacia las rocas. Pero hay silencio casi pleno, Diana duerme, se mueve molesta, reaccionando a algún sueño extraño.

Al amanecer nos vamos.

Volvemos en el auto amontonados, hace calor y la luz del sol es cruda. El camino de regreso por el campo es igual al de ida, pero sin esperanzas.

Yo miro el afuera como un sonámbulo diurno, sin conciencia ni opinión. Miro el paisaje fugaz con un desgano parecido al desprecio.

15. La Estatua de la Libertad

—En *Secretaria ejecutiva,* la protagonista es pobre, pero se viste como rica. Ella entiende que el primer paso para salir de la vida media que lleva es la ropa. Lo que uno usa o no usa no es un detalle menor.

Diana movió la cabeza asintiendo, pero el gesto de la cara era desinteresado, no acompañaba el entusiasmo que tenía Gonzalo con la película.

—Melanie Griffith estudió para ser secretaria, pero estudiar no basta, ella tiene una oportunidad en la empresa y descubre allí su ambición.

—¿Y con eso qué?

—Que la voluntad debe estar acompañada de ambición, si no la cosa no funciona.

—Estoy estudiando dactilografía, puedo escribir con los ojos cerrados en el teclado sin equivocarme, pero esa eficacia de tipeo no provoca mi ambición.

—Nunca se sabe. Si Melanie Griffith se hubiera quedado buscando trabajo en su barrio, mal peinada y con un novio maltratador y mujeriego; si ella no se hubiese arriesgado a mandar su currículum a una empresa de Wall Street, si no le picaba el bichito del inconformismo, no pasaba naranja. Ella va para el frente, no se detiene. No se amedrenta ante su jefa que es Sigourney Weaver, que quiere robarle una idea que tiene para el mejoramiento de la empresa. Melanie se enamora de un empresario y no se achica por ser pobre, se hace pasar por empresaria exitosa, usa la casa de su jefa y conquista a Harrison Ford. Hay una escena preciosa en donde Melanie Griffith está pasando la aspiradora en la oficina de la jefa y no quiere transpirar, y se saca la blusa y limpia en tetas. Tiene una libertad tan grande así, a pecho descubierto.

—Me imagino. Pero no estoy segura de si me gustaría limpiar desnuda.

—No sabés, si no lo hiciste, no podés saberlo. Claro que ella limpia para Harrison Ford, es distinto limpiar por limpiar que limpiar para alguien que te guste.

—A mí no me gusta limpiar.

Era el último año en la escuela de Gonzalo. Diana había egresado hacía unos años sin un buen plan para estudiar una carrera decente. Tuvo trabajos intermitentes, que por algún motivo inexplicable no funcionaban. Tal vez no la consideraban capaz en tareas de oficina o

era medio arisca para la atención al cliente. Delia insistía en que continuara algún estudio. Secretariado profesional era lo más breve y efectivo que se le ocurrió a la tía. Si no te interesa nada, le dijo, serás una buena secretaria y hasta si tenés un poco de suerte, quién dice, te casás con tu futuro jefe y evitás trabajar.

La parte de jefe-marido no le resultaba demasiado estimulante a Diana, pero sí la brevedad y la poca exigencia del estudio. Desde que había terminado la escuela, parecía cansada, exhausta, rendida. Se quedaba todo el día en la casa y solo salía cuando debía hacer las materias del secretariado.

Delia le compró una máquina de escribir en la que practicaba la transcripción de algunas noticias leídas en el diario, inventaba recetas de cocina o copiaba diálogos de telenovelas que veía la tía. Escribía con furia, con rapidez, golpeando con fuerza las teclas que retumbaban en la sala, generando un pulso violento que martillaba la igualdad de los días.

La leve excitación y la descarga de los golpes en la máquina eran una energía que Gonzalo desconocía. Su pesar por Diana se había acentuado en ese tiempo.

En el colegio, Gonzalo era una isla que no tenía contacto con sus compañeros. Los miraba reírse, conversar, hacer planes; los miraba tener complicidad y viril afecto; los miraba con total desinterés, como si los viera difusos, detrás de un vidrio esmerilado.

Damián estaba con ellos, en esa imagen borrosa y molesta del conjunto. También Damián se había vuelto «los otros». Y ese paso de bando era una traición imperdonable, una herida que no cerraba. El verano le había dado a Gonzalo un olvido ligero de la situación, pero al volver a cruzar a Damián en las escaleras, al verlo en la calle y no poder evitarlo, el valor afectivo de la pérdida regresó con una fuerza intensa y sangrante.

Un día casi se chocaron frente a frente durante un recreo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Damián—. ¿Qué te pasa que me mirás mal? —insistió ante la mirada silenciosa de Gonzalo—. ¡¡Me mirás más que raro!! —lo increpó por tercera vez.

—No pasa nada —emitió Gonzalo. Bajó la vista y se sintió derrotado u ofendido, estados que a él se le confundían—. No pasa nada —repitió y después hizo silencio.

—Mucho mejor así —respondió Damián de mala manera—. No me mires raro, no te metas más conmigo —agregó.

Gonzalo no supo qué decir. Se hizo a un costado y se quedó quieto, sin fuerzas, apoyado en la pared fría del colegio. La pared que lo sostenía era una pared odiada, era la cárcel que lo tenía más que atrapado, anulado, neutro. La pared que lo sostenía era la misma que

lo aplastaba.

Su asfixia lo impulsaba a continuar robando en el mercadito. Don Julián andaba cada vez más distraído, ya que la salud de su esposa había empeorado. Gonzalo sacaba provecho de la guardia baja de su empleador y hacía hurtos más grandes. Se volvía más temerario. Volvía a su casa con los bolsillos hinchados de billetes. El pantalón a punto de explotar. Y solo eso lo estimulaba. Como a Diana le daba energías renovadas descubrirse con capacidad para el tipeo y la velocidad dactilográfica, a Gonzalo el robo le otorgaba su secreta valentía.

Su plan de fuga se hacía más sólido. Se iría y dejaría de ser pobre; se iría rico, adinerado, con posibilidades infinitas de conquistar el mundo.

—Al final, Melanie Griffith atraviesa todas las pruebas, no afloja, no deja que la competencia la amedrente. Y consigue ascender de secretaria a jefa en la empresa. Además consigue el amor de Harrison Ford. Y hasta se termina vistiendo con ropa de súper marca. Y tiene una oficina nueva, para ella sola, con secretaria primeriza incluida.

—Mirá vos qué bien —responde Diana desganada al relato encendido de su hermano.

—Pero cuando está en esa oficina nueva, cuando cierra la puerta, Melanie Griffith se queda como rara, tildada, como si todo el esfuerzo la hubiese desgastado. Llama a su amiga para contarle de su logro. Mira por la ventana y ahí la cámara muestra desde afuera el edificio y se va alejando, y uno descubre que la oficina de Melanie es una cajita pequeña entre millares, como una celda con cristales y vista a la Estatua de la Libertad. Y millones de personas que quieren pasar a las celdas más altas, ascender, dejar de ser secretarias o empleados y ser jefes y ocupar su respectiva caja. Suena una música muy linda mientras se ve esa toma aérea de Nueva York y va terminando la película, y en vez de ponerte alegre por el triunfo, a medida que suben los títulos finales se te anuda la garganta y todo, todo, todo se pone requetetriste.

16. Fuga en el planeta de los otros

Cierro la caja, con dos fajos de plata en cada bolsillo. Como mi cuerpo varía de la delgadez a la gordura, las protuberancias no llaman la atención. Es el final de la tarde, don Julián baja la cortina de hierro, yo estoy por salir, saludar inclinando la cabeza y alejarme con la cosecha del día. Pero él me detiene.

Al principio me asusto, me dice que quiere que conversemos y se me oprime el pecho. Mientras me acerco, manoteo una escoba para desviar la atención, pero me la hace dejar:

—Vení, sentate acá y hablemos —dice.

Tengo incomodidad y nervios.

—Este año terminás el colegio —empieza a decir—. ¿Vas a estudiar algo después?

—No creo —respondo desafiante.

—¿Qué querés hacer de acá en más?

—Nada —digo y le clavo una mirada punzante. Don Julián baja la vista y en ese momento lo descubro muy viejo, como si le cayeran veinte años encima. Por primera vez miro bien a don Julián, lo puedo observar en su derrota; tiene la piel manchada de tabaco, levemente amarilla, más oscura en el borde de los labios, los bigotes mal afeitados, las cejas despeinadas, una calvicie avanzada y las orejas lánguidas como las de un perro triste.

—¿No te interesa nada? —insiste.

—Nada —repito.

—¿Querés trabajar toda tu vida en este lugar?

—No.

—¿Entonces?

—Me voy a ir.

—¿Adónde?

—Lejos.

Don Julián busca un pucho suelto que tiene en el bolsillo percudido de la camisa y lo prende temblando. Suelta la bocanada de humo a modo de largo y desahuciado suspiro. Vuelve a chupar el cigarrillo, casi mascando, con bronca, la brasa resplandece en la penumbra del mercadito. Le cuesta mirarme, levantar la vista y hacer contacto. A mí no. Me siento un poco vencedor de la situación. Toco con la punta de los dedos la plata que tengo en los bolsillos. Pienso, si supieras que te robo, si supieras todo el daño que puedo hacerte.

—A tu edad yo quería irme, vivir lejos. Pero no hice buenos planes. Hay que planificar bien la manera de irse.

—Si usted lo dice…

—Te lo digo porque me fui quedando. Sin planearlo, me quedé cada vez más. Me casé y puse varios negocios que no funcionaron hasta que al final este resultó. Y mi mujer se puso mala, inmóvil, y yo también me paralicé. Digo que me fui quedando. Me olvidé de armar un plan alternativo, me quedé acá, medio atrapado. No quiero que a vos te pase lo mismo, sería bueno para tu vida armar un buen plan.

Me da vergüenza escuchar su confesión, me resulta impúdico. Me incita a la piedad. Don Julián no sabe el profundo desprecio que le tengo, el mal que le deseo cada día, cuando entro al local y paso apenas saludando a su costado. Ese hombre no sabe quién soy yo.

—A mí no me va a pasar lo mismo —me oigo decir a modo de conclusión.

—¿Por qué no te pasaría lo que nos pasa a todos?

—Porque soy distinto.

Don Julián vuelve a bajar la vista como si le hubiera dado una cachetada, se lleva el pucho a la boca y traga un poco de humo.

Es de noche, no puedo dormir. Me la paso armando planes. Me levanto, muevo el colchón, saco las bolsas de dinero aplastadas por mi peso. Cuento una y otra vez los billetes. Me vuelvo a acostar, pero ese fondo monetario me da una picazón en el cuerpo, un hormigueo, el inicio de la euforia.

A la mañana siguiente voy al colegio, estoy ebrio del insomnio. Son los últimos días de clase, los profesores se relajan o faltan, y los otros, mis compañeros, planifican el viaje de fin de curso y la fiesta de cierre, dos eventos a los que yo no voy a ir. Me mantengo a un costado, mirando con total apatía. También se habla de chicas con las que aprietan en alguna fiesta de club, y de los oficios y carreras que seguirán al terminar, comentan quiénes se van a ir a la Capital y quiénes prefieren quedarse.

Damián tiene mucha opinión. Antes, cuando pasaba más tiempo conmigo, era más bien reservado, misterioso, mejor dicho; ahora se adelanta en los comentarios, y se anda pavoneando por sus conquistas femeninas y sus potenciales de futuro. Me cae muy mal escucharlo, creo que lo empiezo a odiar.

Los otros hacen un círculo con los bancos. Yo estoy excluido, como un satélite leproso. Me hago el ocupado, garabateo unos dibujos horrendos en la carpeta y mastico bronca. Uno se apiada, le da un ataque de solidaridad de fin de año y me invita a sumarme a la charla. Dudo, pero arrastro mi banco al círculo mientras veo que Damián baja la mirada; esta inclusión tardía parece perturbarlo.

El que me invitó, para continuar su gesto amable, me consulta sobre mis planes. Yo me quedo callado, me miran todos, y digo que

me voy a ir muy lejos. ¿Adónde?, insiste. Lejos de ustedes, digo y recorro el círculo enemigo con mirada de guadaña.

Y después, no sé si por efecto del insomnio, de la invitación demorada, como ahogado, como un desesperado, digo unas palabras enormes y proféticas:

—Todo el mal recibido en estos años, cada insulto, cada ofensa me hicieron más fuerte. Les agradezco porque me convirtieron en un ser indestructible. Al herirme, despertaron como reacción una fuerza indomable. Les digo más: les vaticino vidas pequeñas y miserables. Ustedes tendrán planes cortos, relaciones tristes, sueños opacos, y yo tendré un porvenir monumental. Ustedes oirán hablar de mí dentro de muchos días y se preguntarán con asombro, ¿es ese al que humillábamos? Sin saberlo, a puro insulto y desaliento, ustedes gestaron mi futuro de gloria.

Y con esa frase final, tan espectacular, resonando en el aula, me levanto y me voy. Salgo caminando de la escuela para siempre.

No miro atrás, camino sin detenerme. Mi mente enardecida se despide de los otros, adiós al traidor de Damián, adiós horas insoportables, profesores aburridos, adiós tiempo perdido en el encierro.

Camino hacia mi casa sin detenerme. Falta la resolución del plan, juntar algo de ropa, el cepillo de dientes y el botín. Después proceder a la fuga.

Entro a mi cuarto, vacío la mochila de útiles y libros escolares y pongo medias y remeras y un pantalón que uso para salir. Levanto el colchón y me quedo paralizado, se me congela la sangre. Si no fuera tan joven, me infartaría. Las bolsas con la plata desaparecieron como en un mal sueño. Me repito para mis adentros, esto no está pasando, esta imagen del resorte desvencijado, sin el dinero, este vacío es una trampa de mi mente.

Quiero tragar saliva, pero se me atora en la garganta. Toso, me sacudo, cierro los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, el dinero aparezca por causa de la misma magia que se lo llevó.

Cuando vuelvo a mirar, descubro a Diana franqueando la puerta del cuarto; tiene las bolsas de plata agarradas con asco:

—¿Esto es lo que buscás?

—Dame eso —le grito—, no te metas.

—Ladrón —me grita.

Yo tengo un mareo, los pensamientos se agolpan como si hubiera chocado un tren en mi cabeza y los vagones se aplastaran unos con otros y se hicieran chatarra. Diana dice algo más, pero no entiendo o no lo puedo recordar. Tardo en recuperar la razón.

Diana me sacude del brazo y en ese zamarreo me ordena que devuelva toda la plata a don Julián. Después me suelta y hay un

silencio denso entre nosotros. Yo la miro a los ojos y le digo:

—Es ahora o nunca, vámonos juntos, podemos escapar.

—¿Escapar adónde? —responde ella con una tristeza pesada.

—No importa adónde.

—Don Julián te espera en el mercadito —su mirada se pone severa —, yo ya le avisé. Si devolvés todo lo robado ahora, no le voy a decir a la tía y te perdono, y las cosas van a seguir igual.

Ahí mismo me siento morir.

Le digo que sí, o no lo digo, solo muevo la cabeza, agarro las bolsas, ella se va a la cocina y se hace la que prepara la cena para no mirarme.

Pongo todo en la mochila. Atravieso rápido la sala, salgo a la calle y la luz del sol me encandila, nunca la luz fue tan intensa. Camino hacia el mercadito, todas las cosas, los árboles, los pocos autos que pasan, las personas que deambulan, los colores y las formas tienen la nitidez de los sueños.

Me detengo y miro hacia todos los costados; nadie me observa, nadie conoce mi delito. Me bombea descontrolado el corazón.

Cambio de rumbo, corro hacia la estación de colectivos. Corro sin detenerme.

Me alejo de la casa, del mercadito, de la escuela, me voy alejando cada vez más, hasta el olvido. Corro y atrás queda la pena y todavía es de día y el sol resplandece y yo soy muy joven y me queda tanto por vivir y todo lo que vendrá será maravilloso.

17. El después

Pasaron días, meses, años, lustros, décadas. Pasaron estallidos, viajes, amores contrariados, incontables insomnios, esperas, visiones, voces cerebrales, internaciones. Como los reptiles, Gonzalo cambió de piel varias veces, mutó y sobrevivió. Solo su cuerpo, antes amorfo, adquirió su medida justa, se mantuvo ni gordo ni flaco, se quedó en un cuerpo intermedio para, desde allí, comenzar a envejecer.

Pasados los cuarenta años, se cruzó en una calle de la Capital con Damián. Habían elegido, sin saber uno del otro, la misma ciudad para vivir.

Gonzalo no lo reconoció, le pasó por el costado, y Damián lo nombró. Siempre hay uno que nombra primero y convoca la memoria del otro. Gonzalo miró desconcertado a ese hombre gordo y calvo, de traje y corbata floja.

—Soy yo, Damián.

Gonzalo demoró en quitar de su mente las capas de olvido que cubrían a ese desconocido. La grasa, la fatiga, el pelo caído, la piel opaca: debajo de todo eso, apenas pudo reconocer a su antiguo amigo.

Intentaron la escena típica de reencuentro. Fueron a un bar céntrico, un lugar donde los oficinistas tomaban un café apurado, al paso, comentando los acontecimientos de la mañana, intercambiando anécdotas nocturnas, risas furtivas. En una pared había un televisor prendido en un canal de noticias sin volumen.

Gonzalo adujo que tenía poco tiempo, quería liberarse cuanto antes de la situación. Pero, a su pesar, sintió una curiosidad que lo arrastraba hacia un tiempo clausurado.

Damián lo halagó, le dijo que lo notaba igual, tal vez demasiado delgado. Gonzalo prefirió evitar mencionar enfermedades mentales, pérdidas de peso y esperanzas varias. Se había transformado en un hombre discreto. Tampoco mencionó que, de manera imprevista y reciente, habían regresado unas tímidas ganas de vivir.

Lo miró a Damián a los ojos y le preguntó si había visto a los otros. Así los nombró, como se nombra a seres nocturnos, a zombis, a quienes toman la noche por asalto, «los otros». Era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta.

Damián dijo que solo había visto a algunos, cada tanto, que una vez se juntaron a celebrar aniversarios, pero no fue del todo alegre.

Se hizo un silencio. Se mantuvieron así unos segundos y ambos bajaron la vista.

Gonzalo no podía recuperar el encantamiento que había vivido al

conocerlo, no veía rasgos parecidos al Damián de antes. Ese hombre fofo le resultaba indiferente.

Damián pareció tomar coraje y sacó del interior de la billetera dos fotos para condimentar el encuentro.

—Son mis hijos —dijo.

Gonzalo vio a dos niños pequeños e insulsos. Pensó que la foto, tal vez, no les hubiera hecho justicia al no captar un rastro de belleza.

—Son lindos —se demoró Gonzalo en pronunciar el cumplido.

—Son muy felices —acotó Damián.

—Eso es lo importante —replicó Gonzalo cerrando la fórmula del diálogo.

Después se hundieron de nuevo en el silencio. Damián revolvió el fondo de la taza, el azúcar humedecida por la borra de café que había quedado, y Gonzalo desvió la vista por la ventana y notó que había en las ropas y en los gestos de los transeúntes señales de un invierno que se acercaba. Los colores de los abrigos eran oscuros, se iban uniformando para el frío, se frotaban las manos, estaban pálidos y tenían las mejillas rosadas.

El invierno vendría de a poco, un invierno más que se alejaba del invierno de los años de la escuela, cuando se refugiaban del frío en los pasillos para conversar.

—No los veo todos los días.

—¿A quiénes? —respondió Gonzalo, como saliendo de una ensoñación.

—A mis hijos, los veo solo algunos días de la semana.

—Qué pena.

—Quiero conseguir una casa grande, donde puedan estar más cómodos. Vivo en un departamento chico. Cuando vienen, juntamos los colchones y dormimos los tres juntos.

—Como en un campamento —acotó Gonzalo y se sintió tonto.

Damián sonrió, pero con una sonrisa apesadumbrada.

En ese momento, Gonzalo pudo reconocer algo que le traía al Damián del pasado. Vio por primera vez, desde que se habían cruzado en ese día, la mirada dulce de su amigo. Por un instante, las miradas fueron las mismas de aquellos años. Ambos compartieron la ilusión fugaz de no haber cambiado, de ser los mismos pese a esos cuerpos deteriorados.

—Fue difícil la separación con la madre de los chicos. Nos peleamos mucho, nos tratamos demasiado mal. Nos hicimos daño y todo eso…

—Mirá vos —dijo Gonzalo por decir algo.

—Pero ahora estamos mejor. La cosa está más calmada. Nos civilizamos. Y los chicos están tranquilos.

—Qué bueno —respondió Gonzalo y armó una sonrisa blanda y

comprensiva, y su antiguo amigo pareció sentirse escuchado y dio un suspiro profundo y aliviado.

—¿Y vos?

—¿Yo?

—¿Estás con alguien?

—No, ahora no.

—¿Estuviste?

—Sí, estar estuve, pero ya pasó.

—¿Entonces estás más bien solo?

Gonzalo no deseaba seguir hablando, se quería ir. Había saciado su curiosidad. No tenía voluntad de prolongar la situación, de agotarla, pero tampoco encontraba el impulso para pronunciar una excusa que le pusiera final a ese dilatado café.

—Ocasionalmente solo.

—Entiendo, sos del tipo de personas que tiene sus encuentros.

—Ahora no estaría encontrando —dijo Gonzalo y volvió a sentirse tonto.

—Con el trabajo y los chicos a mí se me hace difícil volver al ruedo. Desde que me separé estoy más bien retirado.

—Mirá vos...

Silencio.

Gonzalo, en un acto de resistencia, sostuvo la mirada sin hablar. Damián se incomodó, se pasó el dorso de su mano por la frente, transpiraba, quiso tomar agua, manoteó el vasito que suele venir con el café, pero estaba vacío, se notaba que tenía la boca seca, empantanada.

Ya no había nada para decir y el encuentro no había terminado. El silencio dolía.

Hacia el final, Gonzalo dejó los pudores y lo miró bien, como para recordarlo por última vez. Mantuvo la mirada fija en Damián como un hipnotizado. Veía a un ser indefinible, que no condecía en nada con su deseo juvenil, pero tampoco con la imagen que había construido en la distancia del odio. Al escrutarlo, le resultaba frágil y cercano. Y, tal vez, si no hubiesen tenido la mesa de por medio, hubiera intentado abrazarlo. Pudo ver más allá del tipo desvencijado que tenía enfrente. Veía a un tipo deslucido y sin interés. Nada particular, y eso mismo se le volvía extraño. Lo siguió mirando y Damián aceptó en silencio ser estudiado.

Y tuvo la visión hiperreal de Damián, sin tiempo, sin residuos de aquel chico que lo rechazó, pero tampoco había indicios del anciano en el que se convertiría. El cansancio había realizado un efecto de despojo sobre Damián. Ahora Gonzalo lo podía ver tal cual era. Concreto, alejado de sus fantasías.

Un hombre real.

18. El agua

Cuando Diana me abre la puerta, no nos abrazamos, nos damos un beso rápido en la mejilla, como si nos hubiésemos visto con frecuencia en todo este tiempo.

Entro. La casa es y no es la misma.

Están los mismos muebles, pero cambiaron detalles o faltan cosas, como los adornitos de porcelana de la tía. En el lugar donde había unos cuadros de paisajes con montañas y caballos, ahora hay espacios vacíos. Está la base de la casa, pero el resto Diana lo fue desechando. Depuró los ambientes.

En los años que pasaron, cada vez que nombré la palabra «casa», aparecía en el recuerdo la primera casa, insistiendo, amenazante, molesta, temida.

Caminamos por el pasillo, recorremos los cuartos y desembocamos en la cocina. El lugar lo recordaba más grande y lúgubre. Pero hay bastante luz; puede ser que haya cambiado el color de las paredes, que sean más claras. No pregunto. Veo la casa en escala real. Empequeñecida se me vuelve tolerable.

Diana está más gorda. Tiene el cuerpo robusto y parece más alta; tal vez porque antes mantenía la mirada baja y ahora es diferente. Tiene un mirar firme.

Como sea, las dimensiones del encuentro no coinciden con lo que había imaginado.

Diana me ofrece café, no acepto, pero ella prende un pequeño filtro de plástico blanco que hay conectado a la canilla, llena una pava y la pone en el fuego; hace esta acción de manera maquinal, como si no hubiera escuchado mi negativa.

Se abre la puerta del patio. Entra una mujer con un aspecto parecido al de Diana, quizás un poco más grande. Tiene el pelo muy ondulado y una sonrisa franca, usa camisa color azul y pantalones.

Diana nos presenta, dice, mi hermano, Fabiana; nos damos la mano. Yo le hubiera dado un beso en la mejilla, pero ella extendió la mano, como si me tuviera mucho respeto, lejanía o lo que fuera que la obligó a poner distancia. Tiene la mano húmeda y al apretarme dice en voz muy baja, los dejo solos. Diana parece incómoda, me propone ir al patio, y le dice a Fabiana que se quede ahí tranquila, que nosotros vamos afuera. Salimos y nos quedamos en silencio un rato largo.

Hay plantas, macetas, mucho verde, fresco.

No recordaba el patio, nunca le presté atención. Es un lugar

agradable y me sorprende lo cuidado que está. Diana abre la llave de paso, extiende una manguera y la coloca sobre un cantero.

Prendo un cigarrillo. Dejé de fumar hace dos años, pero hace una semana lo retomé. Siento el placer culposo de la recaída. El cigarrillo me ayuda a soportar el silencio. No me acuerdo de cómo aguantaba el silencio compartido en el intervalo de dos años en el que no fumé.

—Disculpala a Fabiana, es medio chúcara.

—Parece amable.

—Es un poco reservada.

—Se nota que es buena gente. Te debe cuidar bien.

—Está muy ocupada con lo de los filtros de agua.

—¿Les va bien con eso?

—Según las épocas. ¿Viste que en tu cuarto hay un montón de cajas de modelos anteriores?

—No me fijé.

—Ahora no se vende tanto como antes. Pero por semana vendemos al menos un par. No es una mina de oro, pero funciona. La gente puede privarse de todo menos de saciar la sed. Y el agua corriente no tiene sabor rico, para qué nos vamos a mentir. Viene con muchas impurezas, a veces los tanques no se limpian todo lo que se debería, pueden tener insectos o hasta un animal muerto flotando. Entonces el filtro no te soluciona lo malo del agua, pero te ayuda a tolerarla.

—Estoy sin plata, si no te compraba un filtro.

—Me hacés reír.

Nos quedamos en silencio, se oye el canto de un pájaro que se despide del día.

Diana vuelve a hablar, en voz baja, como si le costara.

—No tengo todo lo que me pediste. Una parte te la puedo dar ahora. El resto te lo transfiero en unos días. Las ventas fueron flojas estas semanas.

—Cuando vos puedas. Ya te dije, lo necesito para la medicación y la deuda del alquiler. Ahora me mudé, me fui a vivir a un cuarto, me voy reduciendo. Gasto menos, no voy a tener más deudas. Quiero estar bien, volver a empezar y todo eso…

—No se te ve mal.

—No estoy mal.

—Un poco flaco.

—Vos estás gordita.

—Me hacés reír. La tía, en los últimos años, perdida y todo, se preocupaba por tu alimentación. Repetía, ¿se estará cuidando?, ¿comerá sano? A su manera, te seguía extrañando, hasta el final.

—¿Estaba enojada?

—No. Cuando estuviste internado, fue ella la que pagó todo. Lo hizo con la parte que le vino de don Julián. Cuando vendió el

mercadito, él de pura gratitud le cedió un poco.

—¿Por cuidar a la inválida?

—Por lo que sea, la tía recibió una parte de la propiedad.

—Qué bueno…

—Lo vendieron ni bien murió Esther, la mujer de don Julián. Él decidió terminar el negocio, quería irse de viaje. Pero el mismo día que lo vendió le descubrieron un tumor.

—No sabía.

—Sí, la tía lo cuidó. Y cuando él murió, ella se puso mal. Su enfermedad se desencadenó rápido. Fue una temporada larga de clínicas y enfermedades.

—Lamento no haber estado para acompañarte.

—Vos tenías demasiado con lo tuyo. Me refiero a que tampoco a vos te resultó muy fácil…

La luz se debilita, comienza el atardecer. Le doy una última pitada al cigarrillo. Siento el calor de la braza en el borde del labio. Antes de quemarme, tiro la colilla en el pasto, la aplasto con la suela de la zapatilla que tiene incontables marcas de cigarrillos apagados a presión.

Mi hermana levanta la manguera y sigue regando las otras plantas. Lo hace para evadirse. Para ocupar el cuerpo en otra cosa mientras sostiene nuestra escena.

—La tía tuvo una muerte cruel. Sufrió mucho.

—Era cruel.

—No, era un poco severa, pero no era cruel.

—Yo la recuerdo terrible.

—Era una mujer sola que cuidó a dos chicos que no eran suyos. Renunció a todo para cuidar a dos huérfanos. Hizo lo que pudo y más.

La miro y ella me mira. Por primera vez en esta tarde, nuestras miradas coinciden.

—No puedo recordarla bien.

—Vos no recordás las cosas como fueron.

—Puede ser, estoy un poco mareado.

—Siempre fantaseaste mucho, armaste tu historia. No sé bien qué te pasó. Te gustaba exagerar, distorsionar todo. Como si no tuvieras suficiente con la vida tal cual es.

—¿Y cómo es la vida?

—Así. No es gran cosa y punto. Pero vos querías más y más, siempre más…

Trago saliva, siento un dejo de nicotina en mi garganta, un sabor áspero, amargo. Se va yendo el día, el verde de las plantas se apaga.

—Sabía que ibas a volver. Cuando me llamaste, no me sorprendió, yo te esperaba. Se lo dije a Fabiana, mi hermano va a aparecer por estos días.

—Me costaba volver.

—Te había soñado la noche anterior al llamado. Tengo un recuerdo nítido, como si me hubiese despertado recién. Estaba en un bosque, había poca luz. No sé si era el amanecer o el atardecer, apenas estaba iluminado. Vos estabas con un grupo de gente. No sé quiénes eran. Hablabas, parecías estar bien. Yo estaba lejos, no era parte de ese grupo. Es más, yo no era una persona: mientras te miraba, descubría que me había convertido en un árbol. Te veía de lo más animado y conversador, y trababa de llamarte, intentaba gritar, pero caía en la cuenta de que los árboles no tienen voz, son solo testigos de lo que los rodea. Te miraba con pena, y te alejabas cada vez más hasta desaparecer. Me desperté sofocada y me largué a llorar. Fabiana me trajo un vaso con agua, me calmé, al rato se me pasó la tristeza. Y al otro día llamaste vos.

—Acá estoy —digo y me gustaría abrazarla pero no puedo.

Diana apoya la manguera en el suelo y el agua que sale avanza entre la tierra y el pasto, serpenteando, hasta que choca con mis zapatillas y se hace ahí una pequeña represa. Un charco, alrededor de mis pies.

Se oye a Fabiana que llama. Diana dice, ya vuelvo, se mete en la cocina y yo me quedo ahí.

Me incorporo. Respiro muy hondo, siento el olor de la tierra mojada y una brisa fresca que anuncia la llegada de la noche. Exhalo, saco todo el aire de mis pulmones en un largo suspiro. Percibo la humedad del agua en mis pies.

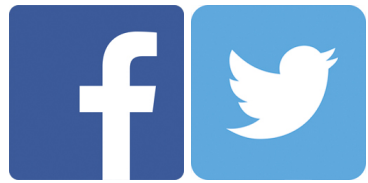
Está oscuro pero se puede distinguir ese brillo movedizo en el suelo.

Tengo calma y cierro los ojos.

Es de noche. Yo estoy de pie, sereno, parado en medio de un charco que se va expandiendo.

Agradecimientos

A Paola Lucantis por volver a confiar y brindarme pura delicadeza y generosidad. A Gabriela Franco que cuidó y curó este libro, su paciencia y sabiduría me guiaron en este tiempo. A mis amigos que fueron leyendo en el comienzo, Ariel Gurevich, Lorena Moriconi y Edu Crespo. A los otros amigos que me acompañan, siempre. Y a mi padre, Luis Beltrán Loza Torres; a su memoria y orfandad.

Grupo Planeta

¡Seguinos!